

*VIDA CONSAGRADA:  
MÍSTICA Y PROFECÍA*

**UISG BOLETÍN**

**NÚMERO 141, 2009**

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>2</b>
<i>Antonietta Rauti</i>	
<b>VIDA CONSAGRADA Y PROFECÍA. LA IDENTIDAD DEL PROFETA</b>	<b>4</b>
<i>P. Anselm Grün, OSB</i>	
<b>LA MISIÓN COMO ESPERANZA EN ACCIÓN</b>	<b>17</b>
<i>P. Michael McCabe, SMA</i>	
<b>“RELIGIOSAS EN RED CONTRA LA TRATA DE PERSONAS” CONGRESO 2009 - DISCURSO DE APERTURA</b>	<b>35</b>
<i>S.E. Mons. Antonio Maria Vegliò</i>	
<b>A LA ESCUCHA DEL GRITO SILENCIOSO</b>	<b>40</b>
<i>Stella Morra</i>	
<b>ELÍAS EL PROFETA – EL ESPÍRITU PROFÉTICO</b>	<b>48</b>
<i>P. María Eugenio del N. J., OCD</i>	

# INTRODUCCIÓN

Antonietta Rauti

*Original en italiano*

**E**l artículo del monje benedictino y notable escritor, el **P. Anselm Grün**, abre nuestro Boletín número 141, dedicado a la profecía y a la mística en la Vida Consagrada.

Los profetas han surgido siempre en épocas de crisis para anunciar la voluntad de Dios al pueblo de Israel, así mismo, en la historia de la Iglesia, las órdenes religiosas han tenido siempre una vocación profética. Han aportado, en la Iglesia y en la sociedad, una respuesta a las aspiraciones de las personas. Siempre han puesto el dedo en la llaga cuando la Iglesia se ha acomodado demasiado y se ha replegado sobre sí misma.

*“Como consagrados, escribe el P. Grün, tenemos una misión profética en la Iglesia. No existimos sólo para confirmar lo que opina la gente en nuestro mundo y para responder a lo que la Iglesia espera de nosotros. Como los profetas estamos llamados a tomar partido por la palabra de Dios y a hacer Su voluntad”.*

*“La tarea del profeta consiste en mantener viva la esperanza”*, continúa **Michael McCabe**, miembro de la Sociedad de las Misiones Africanas, quien después de haber abordado la génesis y la naturaleza de la esperanza cristiana concentra su atención en el tema de la misión, interpretada desde esa perspectiva, como transformación de la Iglesia y del mundo en la espera de una nueva tierra y un nuevo cielo.

*“La misión invita y sostiene a una participación activa en el proyecto de Dios para liberar a la humanidad, en el aquí y ahora. Debemos descubrir en dónde está ya presente el Reino, de un modo inicial y germinal. Debemos discernir y nutrir estas semillas del Reino utilizando nuestros recursos y energías. Mientras hacemos crecer estas semillas del Reino, la oración y la presencia contemplativas deberán equilibrar nuestra participación activa, social y política”.*

Dos ejemplos de participación social y política tenemos en las conferencias de **Mons. Antonio María Vegliò**, Presidente del Pontificio Consejo de la Pastoral para los Migrantes e Itinerantes, y de **Stella Morra**, teóloga y profesora de Teología. Las dos relaciones fueron presentadas en el “Congreso 2009:

Religiosas en red contra la trata”, que tuvo lugar en Roma, del 15 al 18 de junio de 2009.

Mons. Vegliò, en su discurso de apertura, se dirigió así a las participantes en el Congreso: “Deseo, sobre todo, que las Religiosas posean el don del carisma profético para trazar un camino que no sólo lleve a la sanación de la persona, sino también a la transformación de la situación”. Porque, *“habiendo asumido a lo largo de los siglos el cuidado de las necesidades de las mujeres, las congregaciones religiosas, especialmente las femeninas, están siempre atentas a los signos de los tiempos, redescubriendo el valor y la relevancia de sus carismas particulares en los nuevos contextos sociales”* (Orientaciones para la pastoral de la calle).

Stella Morra nos ofrece algunas reflexiones a partir de una historia bíblica de violencia, la historia de Susana, narrada en la Biblia, en el capítulo 13 del libro de Daniel. Se desea que estas reflexiones *“nos ayuden, por una parte, a recoger desde una mirada de fe las experiencias que vivimos y las personas con quienes nos encontramos, y por otra parte nos estimulen a escuchar, desde la fe, con un corazón cada vez más grande, el grito silencioso de las mujeres y de los niños violados y esclavizados”*.

El Boletín se cierra con la emotiva aventura humana y espiritual del profeta Elías, síntesis de oración contemplativa y de presencia, de mística y profecía. En la unión con Dios la misión de Elías encuentra su fuerza y su principio. *“Unirse a Dios permanece la principal preocupación del instrumento divino”*, escribe el sacerdote carmelita **María-Eugenio del Niño Jesús**, (1894-1967), hombre de oración y de acción. *“El profeta está constantemente entregado a su acción interior o exterior. Se confía a Él y ésta es toda su ocupación. Dios tiene que disponer de él para mantenerlo en la soledad o para enviarlo de una a otra parte”* (“Quiero ver a Dios”).

Continuaremos reflexionando sobre temas relacionados con la mística y la profecía en vistas a la próxima Asamblea Plenaria de la UISG que tendrá lugar en Roma del 7 al 11 de mayo de 2010. No nos parece de más recordar el tema de la Asamblea, inspirado en el ‘Cantar del alma’ de San Juan de la Cruz: *“Qué bien sé yo la fuente que mana y corre, aunque es de noche”*.

*“La Vida Religiosa se encuentra, hoy, en una situación de profunda búsqueda, creatividad y poda. El Espíritu no dejará de saciarnos del agua de la Fuente que Él siempre alimenta y con ella nos seduce y enamora, llamándonos a llenar de luz profética las situaciones de noche y a habitar con valentía nuevos horizontes. El futuro de la vida religiosa está en la vivencia de su mística y profecía”*. (Convocatoria a la Asamblea Plenaria de la UISG, de mayo de 2010).

# VIDA CONSAGRADA Y PROFECÍA. LA IDENTIDAD DEL PROFETA

P. Anselm Grün, OSB

*El P. Anselm Grün nació en 1945. Posee una licencia en Teología. Es monje benedictino, sacerdote y ecónomo de la abadía de Münsterschwarzach. Da acompañamiento espiritual en el centro de espiritualidad y psicoterapia «Recollectiohaus». Sus numerosas obras de espiritualidad y psicoterapia han hecho de él uno de los autores cristianos contemporáneos más leídos.*

*Original en alemán*

Esta conferencia fue dada en el Congreso de la CISM-USMI, en Piemonte – Valle de Aosta, Turín, 2009.

## Introducción

**L**os profetas han surgido siempre en épocas de crisis para anunciar la voluntad de Dios al pueblo de Israel, así mismo, en la historia de la Iglesia, las órdenes religiosas han tenido siempre una vocación profética. Han aportado, en la Iglesia y en la sociedad, una respuesta a las aspiraciones de las personas. Y han siempre puesto el dedo en la llaga cuando la Iglesia se ha acomodado demasiado y se ha replegado sobre sí misma. De esta manera los primeros monjes dieron respuesta a la secularización de la Iglesia. Benito, en una época de migraciones, fundó lugares comunitarios que aportaron estabilidad a la vida. Frente a la estructura feudal de la Iglesia y de la sociedad, Francisco despertó la sensibilidad por la pobreza. Domingo hizo suyo el deseo de los cátaros de una fe pura y limpia, y lo realizó exactamente. Ignacio quiso dar una respuesta a la Reforma y reorientar la vida, únicamente, hacia la figura de Jesucristo. Y las numerosas órdenes religiosas que surgieron en el siglo XIX dieron respuesta a las necesidades de su tiempo. Se trató siempre de una respuesta profética que provenía de Dios, una tentativa de concretizar Su voluntad en aquella época.

Quisiera, por lo tanto, exponer el modo en que hoy las órdenes religiosas pueden ejercer su vocación profética. Pero primero quiero dar una mirada a la Biblia y decir alguna cosa sobre la naturaleza del profeta y sobre su función en el pueblo de Israel y en la Iglesia primitiva. A partir de ahí podremos hacer comparaciones entre la dimensión profética de la vida

consagrada y la identidad de cada consagrado o consagrada como profeta o profetisa.

## 1. La naturaleza del profeta

En todas las religiones existe la figura del profeta. La naturaleza del profeta consiste en el hecho de ser llamado por Dios para anunciar a los hombres Su voluntad. Los profetas reciben el anuncio de Dios a través de visiones, de voces o de sueños. No existe una formación para ser profetas. Por el contrario, frecuentemente la llamada de Dios se capta de modo imprevisto y contra la voluntad del profeta. La influencia de Dios es total y el profeta debe responder, con toda su existencia, a su llamado. Él no es profeta además de todo lo que hace. Con bastante frecuencia debe dejar su trabajo y consagrarse solamente a la tarea de escuchar la palabra de Dios y de anunciarla, sabiendo que no es delegado por los hombres, y que solamente la palabra de Dios es decisiva para él. Nunca podrá decir con certeza si la está escuchando de modo justo y si la está explicando de manera justa. Solamente debe ponerse al servicio de Dios con la máxima honestidad y lealtad.

Aunque encontramos profetas en Egipto, en el budismo y en otras religiones, y también Mahoma y Mani se designan como profetas, el judaísmo es el que ofrece la verdadera figura del profeta. El profeta es llamado por Dios y sacado de su medio. Jeremías debió abandonar la vida que llevaba en la sociedad. Con frecuencia, el profeta se siente solo y atacado, y no puede hacer otra cosa que escuchar lo que Dios le dice, y anunciarlo a los hombres. En Jeremías podemos constatar que el profeta se pone completamente a disposición de Dios y que su vida está determinada por Dios. Esto, con frecuencia, es muy doloroso para él. En las lamentaciones se queja de ello. Por un lado él ha devorado la palabra que Dios le ha sugerido: “Era tu palabra para mí un gozo y alegría de corazón” (Jr 15, 16). Pero por otro lado se siente como si Dios lo hubiera dejado caer: “¿Serás tú para mí como un espejismo, aguas no verdaderas?” (Jr 15, 18). Dios es el centro de su vida. Cuando Dios se retira, experimenta una profunda desesperación y desea sólo morir. Se siente incomprendido y rechazado por los hombres. Sin embargo, no se aleja de Dios ni de su llamada: “Me has seducido, Yahvéh, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido. He sido la irrisión cotidiana: todos me remedaban” (Jr 20, 7). Pero cuando se aleja de Dios, siente “en su corazón algo así como fuego ardiente, prendido en los huesos” (Jr 20, 9).

La tarea del profeta es anunciar la palabra de Dios. Esta palabra puede revelar el plan de Dios para cada persona. Pero puede también ser una crítica de la situación de la sociedad, de una práctica cultural que se ha vuelto vacía, o bien de comportamientos que se han introducido entre las personas y que

son contrarios a la voluntad de Dios. La voluntad de Dios puede ser salvación o desdicha, juicio o promesa. Frente a las catástrofes, son los profetas los que abren los ojos de las personas para reconocer el camino errado y la falsa política que lleva a la ruina. Los profetas se vuelven desagradables por sus anuncios de desgracias. La gente prefiere ser animada. Es necesario que todo continúe como antes. Los profetas atacan prácticas que dan a Dios un culto puramente exterior, que no lo revelan verdaderamente. Sobre todo critican el culto de los sacerdotes que ya no se ocupan de los pobres. El culto se convierte en un sustituto del amor y del cuidado de los pobres y los desheredados. De ese modo los profetas, antes que nada, toman partido por los pobres, las viudas y por quienes viven marginados. Cuando anuncian la desgracia, los profetas deben dudar de quienes profetizan la salvación y sólo dicen cosas para complacer a la gente.

Después de la catástrofe su anuncio cambia. Ahora ofrecen esperanza al pueblo. Dios cambiará todo en bien. Dará la salvación. Tal salvación está ya presente en la historia, pero existe, también, otra dimensión que trasciende el tiempo. No se trata de una consolación que viene del más allá, sino de la esperanza de que en cada caso Dios vence y se realiza su salvación; y esto está sucediendo en la historia. Desde ahora podemos experimentarlo, o bien lo haremos después de la vida terrenal, pues la salvación nos espera en el momento de la muerte. En ese entonces, la luz de Dios nos iluminará para siempre y su amor eterno nos envolverá.

El Nuevo Testamento conoce el fenómeno profético y al mismo tiempo lo transforma. Pedro, en el discurso de Pentecostés, reconoce en el milagro de las lenguas la acción del Espíritu Santo que suscita profetas en su Iglesia. En este acontecimiento la promesa del profeta Joel se vuelve realidad: *“Derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán sus hijos y sus hijas; los jóvenes tendrán visiones y los ancianos sueños”* (Hch 2, 17). La Iglesia primitiva es guiada por el Espíritu Santo que suscita continuamente profetas en su Iglesia, como las hijas de Felipe, Agab el profeta itinerante, Judas Barsabás o Silas. Para Lucas, los profetas de la Iglesia primitiva son personas a quienes el Espíritu Santo habla en visiones y en sueños, y comunican a la comunidad lo que han visto y oído. El Espíritu Santo es el que actúa, plenamente, en los profetas y a través de los profetas.

Pablo se ocupa del fenómeno de los profetas en la primera carta a los Corintios. Pablo aprecia la profecía y le asigna un lugar importante en la comunidad. Frente a la glosolalia, Pablo subraya la tarea del profeta de interpretar el mensaje de Jesús. En la estructura de la comunidad, los apóstoles, los profetas y los maestros son columnas portantes. En Corinto, la profecía se ve amenazada de ser suplantada por el fenómeno de la glosolalia. Pablo

reconoce que la glosolalia es operada por el Espíritu Santo. Sin embargo en ella falta la interpretación. El profeta usa también su inteligencia y comunica a la comunidad, con un lenguaje comprensible, lo que Dios quiere decirles. La glosolalia (hablar en lenguas) es un fenómeno estático. Para Pablo la tarea del profeta es más importante. Las personas deben comprender lo que el Espíritu Santo quiere decirles. No deben simplemente permanecer en éxtasis. *“El que profetiza habla a los hombres para su edificación, exhortación y consolación. El que habla en lenguas, se edifica a sí mismo; el que profetiza, edifica a toda la asamblea”* (1Cor 14,3-4). Aquí se ve clara la tarea del profeta. No se basa en su palabra, no gira en torno a sí mismo y a su experiencia, sino que habla a las personas. Está siempre en relación con los demás. Cumple con las tres tareas: de alivio, de animación y de consolación. Está al servicio de las personas. No se coloca por encima de ellas, sino que se pone a su servicio y al servicio de Dios para su bien. Sin la interpretación del profeta, la glosolalia sería solamente un hablar al viento. No cambia a las personas. El hombre se basa sólo en sí mismo y en su experiencia, y esto no produce fruto para los demás. No modela el mundo, pero a partir del mundo busca refugio en una experiencia religiosa que puede fácilmente transformarse en un repliegue narcisista sobre sí mismo. Es un fenómeno que se da también hoy. Ken Wilber, un psicólogo americano, estima que, observando el panorama espiritual en Estados Unidos, estos últimos veinte años han estado marcados por un movimiento rotatorio narcisista en torno a sí mismos y a su propio bienestar. En consecuencia, estos años han sido inútiles para la sociedad. Y esto vale también para algunas comunidades religiosas que giran de manera narcisista en torno a ellas y a su experiencia espiritual, pero no tienen ningún impacto en el mundo. El profeta tiene también una función en la sociedad, quiere que el mundo se modele según el Espíritu de Jesús y sea transformado por Él.

Según Pablo, el profeta tiene aún otra tarea: Sacar a la luz lo que está escondido en el corazón (I Co 14, 25). El profeta lo nota porque conoce el corazón humano. Sabe cuáles son los pensamientos del hombre y los saca a la luz. Y por ello conduce a la persona a postrarse delante de Dios y a rezar. No es el profeta el que está en el centro, sino Dios. El profeta quiere llevar a los hombres hacia Dios utilizando sus dones. Puede decidir libremente sobre lo que recibe de Dios: revelarlo a otra persona o guardarlo para sí mismo: *“los espíritus de los profetas están sometidos a los profetas”* (1Cor 14,32). Dios no desea la confusión, sino la paz. Por eso es necesario que el profeta tenga una buena capacidad intuitiva para comprender si es oportuno, o no, decir alguna cosa. Y ellos deben ser siempre conscientes del peligro que existe si se ponen en el centro. El terapeuta suizo C. G. Jung piensa que es peligroso que uno se identifique con un modelo arquetipo, porque se ciega



frente a sus necesidades particulares, que expresa escondiéndolas bajo la mampara del modelo arquetipo. Aplicado a los profetas esto significa que es peligroso identificarse con el modelo del profeta, porque se cree entonces ser el único en conocer la verdad y en tener el valor de manifestarla. Pero no se da cuenta de que bajo la mampara del profeta manifiesta, ocultándolo, su deseo de afirmarse o de dar vuelo a su violencia. Por eso, siempre es necesario tener un honesto conocimiento de sí mismo, que a través del don de la profecía permite ponerse al servicio de las personas y no por encima de ellas.

## 2. La dimensión profética de la vida consagrada

La tarea del profeta no es predecir el futuro sino anunciar la voluntad de Dios para el presente y para la situación actual. El profeta anuncia el “hoy de Dios” para la humanidad. Este “hoy de Dios”, con frecuencia, está en contradicción con el mundo. Se necesita franqueza (parrhesia) para anunciar hoy la palabra de Dios. La profecía debe siempre revelar; se opone de manera directa al hecho de ocultar y de reprimir (Werbick 634), se opone a fuerzas que no quieren admitir la verdad, tanto en el mundo como en la Iglesia. Además, el discurso profético no excluye la argumentación, no le interesa anunciar simplemente la voluntad de Dios. Debemos usar también nuestra razón y analizar nuestro tiempo para comprender en dónde se rehúsa ver la voluntad de Dios y en dónde se difunden las tendencias que obstaculizan y limitan la vida de las personas (cfr. Werbick 634 s.).

En la historia de la Iglesia, la vida consagrada ha tenido siempre una dimensión profética. Pero no debemos quedarnos en los frutos logrados en el pasado. ¿Cómo podemos vivir, hoy, esta dimensión profética? Quisiera citar algunos aspectos:

### **- poner a Dios en el centro**

Los profetas se han puesto completamente a disposición de Dios y han anunciado Su voluntad, sea que agradara a las personas, o no. Nuestra tarea consiste, hoy, en mantener abierta la cuestión sobre Dios. No hacemos un favor a los hombres cuando queremos solamente adaptarnos o parecer modernos. El mundo debe leer en nosotros lo que nos interesa: Dios. Porque sólo cuando Dios es el centro de la persona, ésta llega al centro de sí misma. Max Horkheimer, el fundador de la escuela filosófica de Frankfurt, dice que las religiones, con sus ritos algunas veces incomprensibles, tienen la función de mantener despierto, en la sociedad, el anhelo de las personas por el Totalmente-Otro. Y con esto preservan a la humanidad de llegar a ser inhumana. Nuestra tarea consiste en mantener despierto en las personas este anhelo de Dios, a



través de nuestra propia búsqueda de Dios. Con esto ayudamos a cada persona a estar en contacto con su anhelo de Dios. Porque en todas las personas existe este anhelo. Con frecuencia este anhelo se altera, y entonces se convierte en una búsqueda febril. Nuestro rol es también contribuir a que la búsqueda de los hombres se convierta en un deseo ardiente. Y con ello damos también un servicio a la sociedad favoreciendo que permanezca abierta a las cuestiones de Dios. Toda sociedad presenta siempre aspectos autoritarios. Tanto la economía como la jurisprudencia, e incluso la política, tienen la tendencia a determinar la vida social. Mientras mantengamos abierta la cuestión sobre Dios, preservaremos a la sociedad de estos aspectos autoritarios y de su tendencia a presentarse como absoluto.

Una estudiante me decía que venía con mucho gusto a nuestro monasterio de Münsterschwarzach, porque es uno de los pocos lugares de la Iglesia en donde, para hacer evolucionar las estructuras, el interés se pone en Dios y no en las típicas cuestiones sociales o eclesiales. Albert Biesinger escribió un libro de pedagogía religiosa titulado: *“No engañar a los niños sobre Dios”*. No damos ningún servicio a los niños si reducimos el hecho religioso a una simple dimensión de la humanidad. Los engañamos cuando no hacemos referencia a su anhelo profundo de Dios.

En la vida consagrada no se trata de hablar de Dios, sino de convencer, con nuestra existencia, que Dios nos interesa. Cada Orden dará un acento diverso. Para Benito, lo esencial en el monje consiste en buscar a Dios durante toda su vida. Su oración y su trabajo tienen como fin glorificar a Dios en todas las cosas. Los monjes no deben anteponer absolutamente nada a Cristo. Para Ignacio, se trata de la voluntad de Dios. Para Francisco, del amor de Dios manifestado en Jesucristo. Para otros, es el Espíritu Santo quien debe plasmar todo; o el misterio del Dios Trinitario que se nos ha manifestado para que podamos vivir en comunión con Él. Pero todo gira siempre en torno a Dios. Y en cada reforma de los aspectos exteriores no debemos olvidar la cuestión sobre Dios. Nuestra vida consagrada depende de esto: si las personas pueden leer en nosotros que Dios nos interesa.

### ***- la función de crítica a la sociedad de las órdenes religiosas***

Los profetas siempre han ejercido una función de crítica a la sociedad. Han predicado la moral a los ricos y denunciado estructuras injustas. Así, el profeta Amós acusa a los ricos y a los nobles que habitan en el monte Sión, despreocupados y seguros de sí mismos: “Acostados en camas de marfil, arrellanados en sus lechos, comen corderos del rebaño, canturrean al son del arpa, se inventan como David, instrumentos de música” (Am 6,4-5). Y dirige palabras de desgracia a quienes oprimen a los débiles y a los que “achican la medida y aumentan el peso, falsificando las balanzas” (Am 8,5). Los profetas

denuncian abiertamente la injusticia que reina en la sociedad. Y toman partido por los pobres, por los débiles, por los que han sido privados de sus derechos.

Si adoptamos el estilo de predicación de los profetas, que con frecuencia es moralizante y acusador, nos volveríamos inoportunos. No se trata de acusar a determinadas personas, sino de descubrir, en la sociedad y en el mundo, las estructuras que obstaculizan la dignidad de las personas. Esto requiere un análisis sociológico y político, una reflexión profunda y, sobre todo, una comprensión justa del contexto económico-social. Quien sólo acusa no producirá nada. Al contrario, contribuirá a endurecer las posiciones. Es necesaria una buena capacidad de conocimiento técnico de los problemas para poder contribuir a la crítica profética de la sociedad y de la economía. Hacer sólo manifestaciones con carteles y acusar a los bancos y a las empresas, no lleva muy lejos.

Según yo, existen sobre todo tres tendencias que impiden a nuestra sociedad una vida humana. La creciente economización: todo se ve ahora únicamente bajo el ángulo de las finanzas. Cada consulta, cada aptitud a servir es calculada. El dinero se convierte en el valor más alto. La segunda tendencia es la jurisdización. Todos los ámbitos de la vida están cada vez más reglamentados. Toda reivindicación se hace por vía legal. Pascal Bruckner ha llamado a esta tendencia 'victimización': yo siempre soy la víctima, los otros son siempre culpables. Por eso debo luchar para defender mis derechos. Y la tercera tendencia es el control, cada vez más fuerte. El control de gestiones (controlling) en las empresas está llegando a ser el instrumento más importante de la economía. Pero este control se está infiltrando, cada vez más, en los ámbitos de la vida privada.

Estas tres tendencias están marcadas por el miedo, la fuerza y la codicia. El afán de tener cada vez más dinero ha llevado a la crisis financiera. El miedo conduce a un control siempre mayor. Y la fuerza pierde, cada vez más, su dimensión social. La fuerza es en sí misma algo positivo. Si tengo fuerza, puedo realizar alguna cosa. Pero la fuerza puede también ejercerse de modo absoluto y tiranizar a las personas. Debemos llamar por su nombre a estas tendencias de la sociedad que obstaculizan la vida, y mostrar su efecto fatal, sin acusar a nadie. Al interior de las órdenes religiosas debemos preguntarnos cómo podemos crear una contracultura que se oponga a la cultura actual, que cada vez es más inhumana. Es cierto, ya estamos involucrados en el campo de la salud, en la escuela, en servicios sociales, pero no sirve de nada la simple acusación, sino que se necesita también la creatividad para desarrollar otros modelos de trabajo y de economía en estos ámbitos, y para evitar contentarse con plegarse a las exigencias del Estado. Y en lo que se

refiere a nuestra vida juntos, debemos preguntarnos en qué medida estamos marcados por estas tendencias.

Un test para ver si estamos adaptados al mundo o si estamos construyendo una contra-cultura profética, es el lenguaje. El lenguaje nos traiciona. En una ocasión di un curso a una fundación católica sobre “Cómo ser guías con valores cristianos”. La fundación quería enaltecer los valores cristianos. Pero su lenguaje no era cristiano. Era sólo el frío lenguaje de los negocios. En muchas empresas –y quizá también en la Iglesia y en las comunidades religiosas- se habla hoy con un lenguaje frío, un lenguaje que juzga, que condena, lleno de reproches, que desprecia a las personas. El lenguaje que el Espíritu Santo desea suscitar en nosotros, es un lenguaje que calienta, un lenguaje que hace brotar una chispa. El Espíritu Santo vino sobre los discípulos, en Pentecostés, bajo la forma de lenguas de fuego. Sólo aquél que conserva la llama del Espíritu Santo y cuyas palabras salen de un corazón que ama, habla con un lenguaje que enardece. En nuestro lenguaje las personas reconocen si hablamos bajo el impulso del Espíritu Santo o bajo el impulso de un espíritu de agresividad o de arrogancia.

### ***- la tarea de crítica eclesial de las órdenes religiosas***

Los profetas han criticado siempre el culto, y con ello a los responsables religiosos, sobre todo a los sacerdotes. Las órdenes religiosas tienen una función de crítica eclesial. Esto no significa que acusemos a la Iglesia y nos pongamos por encima de ella. Se trata, sobre todo, de desarrollar los mismos modelos de vida comunitaria que corresponden al modelo de cristianismo de los primeros tiempos, que Lucas – quizá idealizando un poco- nos describe en los Hechos de los Apóstoles: “Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo” (Hch 2, 44-47). En un mundo que se está volviendo cada vez más anónimo, la tarea de la Iglesia, hoy, debería ser formar comunidades en las cuales las personas se sienten aceptadas, se reúnen en torno a Cristo, y participan en Su entrega total, tangible en la fracción del pan y en la alabanza conjunta a Dios. Sin embargo, la Iglesia se ocupa mucho de ella misma, de su poder, de sus estructuras y normas.

La crítica profética es siempre doble: llamar por su nombre lo que conduce a caminos errados y vivir lo que se anuncia. Con esto no se trata de acusar a nadie, sino de hacer ver las tendencias de la Iglesia que están en contradicción con la idea originaria de la Iglesia. Por esto, en casos particulares, puede ser absolutamente legítimo oponerse a un obispo o a un sacerdote a

partir del momento en que se hace promotor de normas y de enseñanzas que están en contradicción con el Espíritu de Jesús. Pero al mismo tiempo no se trata nunca de ponerse por encima de los demás, sino de hacer notar que en nuestra enseñanza y en nuestra práctica eclesial se introducen continuamente tendencias que se contraponen al mensaje de Jesús. Esto vale para todas las tendencias que nacieron del miedo y que propagan, sólo, visiones estrechas, y para todas las aspiraciones a recurrir a la violencia. Pero más determinante aún, es que las órdenes religiosas muestren al mundo, con su vida, cómo puede funcionar una comunidad. Y percibimos, entonces, que no es muy sencillo lograr que se reúnan personas con diferente formación espiritual y diversos antecedentes biográficos, y que construyan una comunidad abierta a los demás y con una clara orientación.

Las órdenes religiosas han creado siempre espacios libres en la Iglesia. Debemos agradecer el no estar sometidos directamente a la jerarquía. Esto nos da libertad para anunciar, sin preocuparnos por la carrera eclesiástica, el mensaje de Jesús, tal como lo hemos comprendido en nuestra conciencia. No necesitamos mirar de reojo, con miedo a lo que un obispo podría decir sobre una u otra información. Estamos vinculados al mensaje de Jesús. Esto nos da libertad, pero también la responsabilidad de no ajustarnos a las prescripciones eclesiales, sino de responder al Espíritu de Jesús.

Los profetas anunciaron la voluntad de Dios. Observaron atentamente y comprendieron la situación particular de las personas, y ante esta situación concreta proclamaron la palabra de Dios. Como órdenes religiosas nuestro primer deber es escuchar a las personas, hacer nuestro su anhelo, para anunciar el mensaje de Jesús en un lenguaje que responda a ese anhelo. Con frecuencia escuchamos en la Iglesia lamentos de que las personas ya no son creyentes. Según yo, este lamento es expresión de la propia falta de fe y a menudo es, también, signo de una mentalidad de gueto. A partir del momento en que tenemos dificultad para creer, no reconocemos la fe en las personas. Desde el momento en que vivimos instalados en nuestro gueto eclesial, perdemos la capacidad de sentir el anhelo de Dios que tienen las personas. Para San Agustín la pastoral consiste, ante todo, en sentir este anhelo de las personas. Toda persona, incluso la que no tiene ninguna manera de expresarlo y ninguna práctica religiosa, tiene un anhelo de amor, de seguridad, de felicidad, y al fin de cuentas, un anhelo de Dios, el único que puede responder plenamente a nuestro anhelo. Esforzándonos en adquirir ese lenguaje que toca el corazón de las personas, ejercemos nuestra vocación profética, nuestro deber de crítica eclesial. No denunciemos a otros, sino que busquemos, como los profetas, escuchar a Dios y a los hombres para anunciarles Su palabra de modo tal que penetre en el corazón de las personas.

### **- la dimensión escatológica de la tarea profética**

Los profetas anuncian la salvación que Dios ha preparado en estos tiempos para nuestra historia. Pero en su anuncio ven más allá de la historia. Tienen siempre en su mirada el acontecimiento salvífico divino que actúa más allá del tiempo. La Iglesia cristiana ve que en Jesucristo se realizan las profecías del Antiguo Testamento. Jesús mismo se llama profeta: más allá de sí mismo anuncia la venida del Reino de Dios que está ya presente, y su venida al final del mundo.

En los años setenta estaba de moda comprender la vida consagrada como signo escatológico. Los consagrados remiten a esa venida de Cristo en el fin del mundo. Por eso, desde ahora anticipan su venida viviendo la castidad, la pobreza y la obediencia. Uno de mis hermanos expresó una vez, con un aire escéptico, que no deseaba ser signo, en la calle, de lo escatológico. “La vida consagrada debe tener un sentido en sí misma y no solamente remitir al final de los tiempos”. Ciertamente con esta afirmación dijo algo justo. Vivimos aquí y ahora como personas que esperan la venida del Señor, la venida aquí, hoy, y la venida al final del mundo. Este fin del mundo llega para cada uno de nosotros en el momento de la muerte. El fin del mundo nos muestra también que todo lo que hacemos aquí es transitorio. Así nosotros, como consagrados, somos personas de Adviento, que podemos, aquí y ahora, experimentar continuamente a Dios, y al mismo tiempo tendemos hacia la venida de la señoría de Jesús que Él mismo anunció en su discurso apocalíptico: “Y entonces verán venir al Hijo del hombre en una nube con gran poder y gloria” (Lc 21,27). Nuestra tarea es alzarnos y levantar la cabeza porque se avecina nuestra liberación.

No se trata de hacer que las personas esperen sólo en el más allá, no debemos tampoco anunciar la salvación de Jesús como si consistiera únicamente en una felicidad terrenal. En nuestro anuncio y en nuestra vida es necesaria esta tensión entre el ya y el todavía no, entre el hoy y el mañana, entre la salvación inicial y el cumplimiento final, entre nuestra muerte y el final del mundo. En nuestro compromiso por las personas, en nuestra participación en la construcción de este mundo, debemos siempre ser conscientes de que todo es transitorio, y que el cumplimiento se realiza progresivamente, de tramo en tramo. Esto confiere a nuestra vida una tensión saludable. Y nosotros, frente a las múltiples promesas inútiles de felicidad de este mundo, aportamos una esperanza realista. Así, la esperanza que hemos irradiado no sólo con nuestras palabras sino con toda nuestra existencia, es el signo más claro de haber cumplido nuestra misión profética.

### 3. La persona consagrada como profeta

En el bautismo todos nos hemos unido: rey y reina, sacerdote y sacerdotisa, profeta y profetisa. Tenemos una dignidad real, somos personas que se dominan y no nos dejamos dominar por necesidades y expectativas. Somos personas con dignidad de sacerdotes, que guardan y protegen la parte sagrada de sí mismos y de los demás; somos los guardianes encargados de mantener el fuego del amor en este mundo. Y somos profetas que reconocen y dan un nombre a las huellas de Dios en la vida humana. El profeta expresa no sólo algo sobre nuestro rol, sino sobre nuestra existencia. El profeta no es en primer lugar aquél que predice el futuro, sino aquél que manifiesta a Dios. Ser profetas significa entonces que cada uno de nosotros debe manifestar, con su vida, algo sobre Dios, algo que solamente a través de él puede ser expresado. Cada uno de nosotros es una palabra única que Dios ha pronunciado sólo para nosotros. Y nuestra tarea consiste en llegar a hacer perceptible, con nuestra vida, esta palabra única, esta contraseña (password). Por lo tanto, respondemos a nuestra identidad profética cuando imprimimos en este mundo la huella original vital que Dios nos ha destinado. Cada uno de nosotros es único y particular. Cada uno con su vida tiene una misión en este mundo. Esto puede consistir en tareas concretas o en proyectos que considera que es su propia vocación. Pero puede también consistir sencillamente en el hecho de imprimir conscientemente, en este mundo, la huella de nuestra vida a través del modo en que pensamos, sentimos, nos comportamos, a través de la manera de entrar en relación con los demás. Nuestro camino existencial debe influir en este mundo para que llegue a ser más humano, más luminoso y más seguro; marcado, cada vez más, por el Espíritu de Jesús.

Según el evangelio de Lucas es en la oración donde reconocemos nuestra misión profética. Lucas es el único evangelista que narra la transfiguración de Jesús mientras oraba. (Lc 9, 28-36). Transfiguración significa que llegamos a lo que nos es propio, a que resplandezca en nosotros la imagen originaria que Dios se ha hecho en nosotros. En la transfiguración de Jesús aparecen Moisés y Elías. Moisés es el legislador y el guía hacia la libertad. Cuando rezamos, nuestra vida encuentra su lugar y nos liberamos de aquello que las personas esperan de nosotros. Elías representa al profeta. En la oración desarrollamos nuestra misión profética. Ahí reconocemos lo que somos verdaderamente y lo que Dios desea expresar y manifestar a través de nosotros en este mundo.

Por eso, no debemos solamente mirar la misión profética de la comunidad. Cada uno de nosotros es responsable de sí mismo, de vivir su identidad profética, de hacer visible la particularidad que Dios ha pensado para él. La misión profética es siempre una misión para las personas. Si somos y vivimos

en modo auténtico, llegamos a ser una bendición para los demás. Pero a la vez debemos continuamente preguntarnos: ¿qué huellas deseamos dejar en este mundo? ¿qué queremos transmitir a las personas que nos rodean? ¿qué deben leer en nosotros? ¿qué mensaje de Dios llega a ser perceptible a través de nuestra vida y de nuestro actuar en este mundo?

Jesús nos ha mostrado cómo poder reconocer nuestra misión profética. Nos invita a pasar por la puerta estrecha y a caminar por la vía angosta (Mt 7,13-14). La puerta estrecha no consiste en respetar lo más posible todos los mandamientos de Dios. Es más que esto: la puerta estrecha es la puerta a través de la cual debemos pasar para recorrer la vía angosta, la única que Dios ha pensado para nosotros. Se necesita un cierto esfuerzo para encontrar esta puerta. No es suficiente apoyarse solamente en los demás. Debo preguntarme de qué me cree capaz Dios, y para qué me ha llamado. La vía amplia no es la vía mala, sino el camino que todos recorren. Jesús cree que cada uno de nosotros es capaz de encontrar el único camino en el cual nuestra vida llega a ser una bendición para los demás.

Para el profeta lo esencial no está en el hecho de sentirse llamado a comunicar al mundo su visión de las cosas. Jesús nos pone en guardia contra los profetas que se auto designan y contra los falsos profetas: “vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mt 7,15). Llegamos a ser profetas por vocación. Cada uno de nosotros es llamado por Dios a desarrollar en este mundo lo que Dios ha pensado para él. Eso puede suceder a través del tipo y de la manera de predicar. A la vez, debemos cuidarnos de hablar a las personas solamente a través de la boca. Tenemos la tarea de anunciar lo que hemos escuchado de Dios en nuestro corazón, y debemos ponernos enteramente a Su servicio. Durante toda su existencia, el profeta Jeremías experimentó la necesidad de estar al servicio de Dios; lo mismo debe suceder en nosotros. El profeta está solo. No tiene una prueba de que lo que dice y vive es justo. Sólo tiene que dar cuentas a Dios y a su conciencia, en la que escucha la voz de Dios. Por eso debe escuchar atentamente, para oír, de verdad, la palabra de Dios y no las palabras que corresponden a sus ideas preferidas. Con bastante frecuencia el profeta experimenta momentos de aridez y de vacío en los que no siente nada, en los cuales enmudece. En esos momentos no son importantes las palabras, sino el testimonio de nuestra vida. Es necesario que se comprenda aquello a lo que hacemos alusión: a nosotros mismos o al Dios de Jesucristo que anuncia siempre la salvación; una salvación que implica, al mismo tiempo, la facultad de discernir y la orientación hacia Dios.



## Conclusión

Como consagrados tenemos una misión profética en la Iglesia. No existimos sólo para confirmar lo que opina la gente en nuestro mundo y para responder a lo que la Iglesia espera de nosotros. Como los profetas, estamos llamados a tomar partido por la palabra de Dios y a hacer Su voluntad. Y con bastante frecuencia, como los profetas, seremos elementos de choque, no sólo en el mundo sino también en la Iglesia. Como profetas tampoco sabemos cómo comportarnos exactamente en la Iglesia y en el mundo. Como profetas nos vemos confrontados a nuestra impotencia. Fuera de nosotros mismos, no sabemos cómo va, hoy, la vida cristiana. Sin embargo queremos, como los profetas, escuchar lo que Dios, hoy, nos quiere decir, a nosotros, a la Iglesia y al mundo. Se necesita humildad y honestidad, apertura y sensibilidad, escucha de Dios y de los signos de los tiempos, una creciente percepción de lo que acontece en nuestro tiempo; y se necesita la fuerza del Espíritu Santo para poder cumplir hoy, de un modo creíble y eficaz, nuestra misión profética, en la escucha de Dios y en el análisis de nuestro tiempo. Y expreso un deseo: que cada uno/a de nosotros, personalmente y como comunidad, escuchemos la voz de Dios y la anunciemos con nuestra palabra y con nuestra vida, de modo que este mundo se abra, cada vez más, al Espíritu de Dios, y que en su corazón las personas escuchen el llamado a ponerse en el camino de la conversión que conduce a Dios.

## Bibliografía

- Heinrich GROSS, *Prophet/Prophetismus*, en *Lexikon für Spiritualität*, Freiburg 1988, 1011-1013.  
Jürgen WERBICK, *Propheten. III. Systematisch-theologisch*, en LThK 633-635.  
Klaus KOCH/Gerhard DAUTZENBERG, *Propheten*, en TRE 473-511.

# LA MISIÓN COMO ESPERANZA EN ACCIÓN

UNA REFLEXIÓN TEOLÓGICA SOBRE NUESTRO COMPROMISO EN LA PROMOCIÓN DE LA JUSTICIA, LA PAZ Y LA INTEGRIDAD DE LA CREACIÓN (JPIC), EN NUESTRO MUNDO DE HOY.

P. Michael McCabe, SMA

*El P. Micael McCabe fue miembro del Consejo General de la Sociedad de las Misiones Africanas, SMA, de 1989 a 1995 y del 2001 al 2006. Y del 2002 al 2004, Presidente del Comité Ejecutivo de la 'Red África-Europa Fe y Justicia' (AEFJN). Es autor de numerosos artículos sobre la Teología de la Misión, el Diálogo Interreligioso y el compromiso por la Justicia, la Paz y la Integridad de la Creación (JPIC). Actualmente da cursos de Teología de la Misión en el Colegio Tangaza, en Nairobi, y reside en la Casa de estudios de los Misioneros de África en esa ciudad.*

*Original en inglés.*

Esta conferencia fue dada a la Comisión de Justicia, Paz e Integridad de la Creación (JPIC) de la UISG y USG, en Roma, mayo de 2009.

*“Venga tu Reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”*

## Introducción

**L**a promoción de la justicia social y ecológica, de la reconciliación y de la paz, constituye una dimensión esencial de la misión de la Iglesia, una misión que tiene como fundamento y expresión concreta la esperanza que proclamamos cada vez que en el Padre Nuestro decimos: “Venga tu Reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. Se trata de una esperanza única y distinta forjada en el crisol de la experiencia judeo-cristiana del compromiso activo de Dios en la historia humana; esta esperanza ha sido formada por el Misterio Pascual de Jesús, modelada por su paso de la vida, a través la muerte, a una vida nueva. De esta esperanza se desprende la misión cristiana que es una expresión concreta de ella. Para David Bosch la misión es la “acción en la esperanza”<sup>1</sup>. Por este medio, el futuro, objeto

de nuestra esperanza, es introducido en una relación transformante con el presente en que vivimos. Es el “puente que Dios ha lanzado al mundo pero que todavía no ha alcanzado el lugar que le ha sido preparado”<sup>2</sup>.

Nuestro compromiso por la justicia, la paz y la integridad de la creación (JPIC) no es un programa político humanista. No es la expresión de un insensato sueño utópico de un mundo mejor hecho por manos humanas. Debe, más bien, ser considerado como la dimensión esencial e integral de la misión cristiana, que ofrece un testimonio concreto de esta esperanza última en el reino de Dios”. Mi exposición será presentada en dos partes: la primera se concentrará en la génesis y el significado de la esperanza cristiana; la segunda parte pondrá en evidencia cómo esta esperanza modela nuestra comprensión de la misión y fundamenta nuestro compromiso por la paz y la reconciliación, la justicia social y ecológica.

## I Parte

### Génesis y naturaleza de la esperanza cristiana

#### *El eclipse de la esperanza cristiana*

El cristianismo ha entrado en el mundo de la historia bajo la forma de una fe escatológica <sup>3</sup>, una fe que ha ofrecido una esperanza verdadera y universal y, en consecuencia, una fe y una esperanza a proclamar a toda la humanidad. Una característica dominante y típica de la vida y de la misión de la Iglesia primitiva ha sido este incentivo escatológico. Los primeros cristianos situaron e interpretaron su experiencia de Cristo en el contexto de la escatología histórica de Israel. La venida de Jesús y su resurrección de entre los muertos habían inaugurado la acción escatológica de Dios pero no la habían todavía completado. La resurrección y la ascensión de Jesús a la gloria marcaban el inicio, los primeros frutos de un cumplimiento que debía realizarse, un cumplimiento del cual el don del Espíritu era la señal. Sólo otra intervención futura de Dios podría cancelar todas las contradicciones del presente. Además, la Iglesia primitiva creía que esta intervención final (*la Parusía*) era inminente.

Con el retraso del advenimiento de la *Parusía*, y bajo el impacto de la filosofía griega, esta perspectiva escatológica del cristianismo primitivo fue hecha a un lado, minimizada o re-interpretada radicalmente. El mensaje cristiano se transforma: de la proclamación del inminente reino histórico de Dios al anuncio de la única verdadera y universal religión de la humanidad. La fe en las promesas de Dios en espera del cumplimiento fue sustituida por la fe en un Reino eterno ya acabado. La resurrección de Cristo fue considerada

como un acontecimiento cumplido. La esperanza de la Iglesia primitiva de “*un cielo nuevo y una tierra nueva*” fue olvidada e ignorada.

El eclipse de la escatología histórica se manifiesta también de otros modos. La distinción operada por la Iglesia primitiva entre la era presente y la era por venir fue transformada en la *distinción entre tiempo y eternidad*. Los cristianos concentraron más sus expectativas en un cielo más allá de este mundo, que en la implicación de Dios en la historia; en vez de esperar el futuro con impaciencia su mirada se dirigía a la eternidad. Su atención se desplazó del Jesús histórico al Logos pre-existente, y el mensaje de Cristo se fue espiritualizando. El mensaje se refería a cómo salvar su alma del mundo, más que a una transformación personal y del mundo por el amor.

Por otro lado, respecto a la práctica de la fe, el acento pasó del testimonio del futuro que Dios va a traer, al cumplimiento de buenas obras para ganarse el paraíso. Podemos sintetizar esta evolución con las palabras de David Bosch: “La expectativa de ‘un cielo nuevo y de una tierra nueva’ se fue espiritualizando hasta el punto de desaparecer. En su lugar se puso el acento sobre el camino espiritual de cada creyente y sobre una vida post-mortem, más que en una futura resurrección de los muertos. La Iglesia se fue identificando, cada vez más, con el reino de Dios; se convirtió en la dispensadora de los sacramentos y el lugar en donde, a través de los sacramentos, las almas eran conquistadas por Cristo”<sup>4</sup>. Esta evolución cambia la manera de comprender la misión. La Misión viene a ser la prolongación de la Iglesia existente, más que la proclamación de una nueva creación modelada a partir de la resurrección de Cristo y de la cual la Iglesia es llamada a ser el signo sacramental. Lamentablemente, hasta hace poco tiempo, las huellas de esta distorsión de la esperanza cristiana y de la comprensión de la misión han marcado la teología cristiana y podrían explicar la continua incertidumbre que notamos en nuestro compromiso, en los programas de JPIC.

### ***La esperanza cristiana recuperada***

Una de las características más evidentes de la teología del siglo veinte ha sido la recuperación de la perspectiva escatológica de la esperanza propia del cristianismo primitivo, primero en la teología protestante y enseguida en la teología católica. Ningún teólogo ha hecho tanto por recuperar la esperanza cristiana como el gran teólogo protestante alemán Jürgen Moltmann. En su obra más conocida, *Theology of Hope (Teología de la esperanza)*, publicada en 1964, escribe: “Desde el inicio hasta el fin, y no simplemente como un epílogo, el cristianismo es esperanza, la mirada y el caminar hacia adelante, y por lo tanto revolucionando y transformando el presente”<sup>5</sup>. Moltmann inició una controversia con una tradición que había espiritualizado de tal manera la esperanza cristiana que la había vuelto de escasa o nula importancia

terrena, y puso en evidencia la relevancia socio-política de esta esperanza. También Carl Braaten subrayó la importancia capital de la escatología, afirmando que “no se la puede aislar de otros temas de la fe y tratarla únicamente con fines últimos. Por el contrario, ella determina el horizonte de toda la comprensión cristiana y es temáticamente estructural para todos los contenidos de la fe y de la acción” <sup>6</sup>.

Uno de los grandes cambios introducidos por el Concilio Vaticano II ha sido la recuperación de este horizonte escatológico de esperanza, dentro del cual el mensaje cristiano ha asumido un significado nuevo, potente e integrado. La *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* ha ampliado nuestra comprensión de la misión de la Iglesia, poniendo en evidencia sus dimensiones económicas, sociales y políticas. Esta visión ha sido desarrollada ulteriormente por teólogos católicos como Johannes Metz, Edward Schillebeeckx y los teólogos de la Liberación. Lamentablemente, en tiempos más recientes, ha perdido terreno y necesita ser reafirmada, porque es una visión con un largo y seguro pedigrí, como trataré de demostrarlo en las siguientes páginas, fundada en el concepto bíblico de Dios y de su relación con el mundo.

### ***La experiencia de Israel***

Desde su fundación, la experiencia de Israel fue caracterizada por la esperanza, una esperanza basada en la convicción de que YHWH, el Dios de Israel, había entrado en su historia y lo guiaba hacia un futuro preciso. La experiencia de Dios que tenían los israelitas había ido, según las emotivas palabras de Moltmann, caminando “entre las dos guarniciones de la memoria y la esperanza” <sup>7</sup>. Los israelitas contaban e interpretaban las revelaciones pasadas de Dios como anticipaciones de una realidad que va a llegar, como promesas de un futuro que hay que revelar. Según la expresión misteriosa de Moltmann, hablaban de Dios históricamente y hablaban escatológicamente de la historia. <sup>8</sup>

El Dios de los Israelitas es particularmente el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, el Dios de Moisés y de los profetas, sobre todo, el Dios del Éxodo. El Éxodo se comprendía no como un acontecimiento mítico, sino como un evento histórico, que va más allá de sí mismo, hacia un futuro más grande.

La atribución de un nombre a Dios, en relación con este acontecimiento, es particularmente significativa. YHWH se aparece a Moisés bajo la forma de una zarza ardiendo y le ordena sacar a su pueblo de la esclavitud de Egipto. Moisés pregunta a Dios cuál es su nombre, para poder decir a su pueblo quién lo ha mandado. Dios responde:

“Yo soy el que soy”...”Así dirás a los hijos de Israel: ‘Yo soy’ me ha

*enviado a vosotros”... “Éste es mi nombre para siempre; por él seré invocado de generación en generación”. (Ex 3, 14-15)*

En este texto la palabra que se traduce por “yo soy” se compone de cuatro letras hebraicas YHWH que representan una forma del verbo hebraico ‘ser’. La forma exacta no se conoce. Para la mayor parte de los biblistas, el significado de YHWH se expresa mejor en la afirmación “Yo soy aquél que estará ahí con vosotros... de la manera en que estaré presente”, relacionando, así, el nombre y la identidad de Dios con acontecimientos futuros que van a suceder. De esta manera, el discurso del Antiguo Testamento sobre Dios da mayor relieve al futuro “como la modalidad de la existencia de Dios con nosotros”<sup>9</sup>. Igual que su reino, Dios viene, y “sólo como Aquél que viene, como futuro, Él está ya presente. Él está presente en el sentido en que su futuro en la promesa y en la esperanza da fuerza al presente”<sup>10</sup>. Además, precisamente en este modo de estar presente los Israelitas experimentan a Dios liberador, un Dios de esperanza.

### ***Mantener viva la esperanza : el papel de los profetas***

En el curso de su historia, Israel ha recibido muchas promesas de Dios. Algunas se han realizado, otras se han hecho a un lado y otras han sido reinterpretadas y desarrolladas a través de un cumplimiento parcial. Por ejemplo, el acontecimiento del Éxodo, como ha sido recordado, narrado y celebrado, se convierte en una garantía de una esperanza mayor. Este proceso de afinamiento y de reinterpretación se manifiesta en particular en los profetas que llaman la atención, sobre todo, por las implicaciones éticas de la esperanza de Israel. Sacando de las ricas reservas de esperanza, de expectativas y deseos asociados a la alianza, los profetas hacen notar que estas esperanzas no se habrían jamás realizado si Israel no se hubiera conformado a la voluntad de Dios expresada en la alianza. Ellos deploraban, también, la reducción de las esperanzas y de las expectativas de Israel a intereses estrechos de las clases dirigentes, mientras que los pobres, los huérfanos y las viudas permanecían en la necesidad.

Y sin embargo, no obstante que las críticas y las condenas de los profetas son duras, la condenación no es su última palabra. El fondo del mensaje de todos los grandes profetas es que, incluso si los Israelitas abandonan a Dios, Él nos los abandonará jamás. Él intervendrá una vez más para establecer su reino de paz, de justicia, de amor. Establecerá una nueva alianza, esta vez no escrita en tablas de piedra, sino en el fondo de sus corazones. Esta esperanza en la realización definitiva del reino de paz y de amor de Dios está asociada a la venida del Mesías.

La esperanza mesiánica de Israel se expresa de manera emotiva en

Isaías. Para Isaías el Mesías será un Rey sabio, santo y pacífico que “*juzgará con justicia a los débiles y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra*” (Is 11, 4). Pondrá fin a los conflictos y traerá una paz duradera. Con su venida, las naciones en guerra forjarán de sus espadas azadores y de sus lanzas podaderas (Is 2, 4) y el león y el cordero pacerán juntos. La palabra que Isaías usa para paz es “shalom”, que tiene un significado mucho más rico del que atribuimos normalmente al término “paz”. Indica no solamente la ausencia de guerra o de violencia, sino la presencia plena de la armonía y de la integridad, para cada persona y para la sociedad. Abarca todas las dimensiones de la vida, personales y sociales, nacionales e internacionales. Significa algo más que la seguridad política. Comprende la justicia, la paz, la integridad de la creación y su interdependencia: todos son dones de Dios. Para Isaías no hay paz digna de este nombre sin la justicia (Is 9, 7) y la paz que el Mesías establecerá entre los pueblos estará acompañada de signos: el desierto y la tierra árida se alegrarán y florecerán (Is 35, 1-2). En fin, esta esperanza mesiánica se identifica con Jesús y su misión de anuncio del Reino de Dios.

En su libro best-seller, “Jesús de Nazaret”, el Papa Benedicto XVI sostiene que la visión de Isaías de un mundo restaurado y pacífico, en el que grupos en guerra «forjarán de sus espadas azadones» (Isaías 2,4 ; Miqueas 4,3), es un aspecto obsoleto del ideal mesiánico hebreo, falsificado por los hechos de la historia. Jesús, dice el papa Benedicto, no ha traído “paz mundial, prosperidad universal y un mundo mejor”. Más bien, lo que ha mostrado a las naciones de la tierra ha sido “al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, al verdadero Dios”<sup>11</sup>. Sin embargo, la visión de Isaías y la misión de Jesús no deberían oponerse. Como dice N.T. Wright, en Jesús vemos “el retrato de YHWH vivo: el Dios misericordioso que desnuda su brazo (Is 52, 10) para cumplir personalmente el trabajo que ningún otro hubiera podido hacer, el Dios creador que da nueva vida; el Dios que actúa a través de su mundo creado, y, sobre todo, a través de sus creaturas humanas; el Dios fiel que mora en medio de su pueblo; el Dios severo y tierno que incesantemente se opone a todo lo que destruye o altera la buena creación y especialmente a los seres humanos, y que ama intrépidamente a todos los necesitados, a los que viven con dificultad»<sup>12</sup>. Esto es evidente cuando centramos nuestra mirada en la misión de Jesús.

### ***La misión de Jesús por el Reino***

La misión realizada por Jesús se inscribe en contraste con el trasfondo escatológico de la restauración judía. Jesús tomó como símbolo clave el Reino de Dios e hizo de él el punto central de su mensaje y de su ministerio. Los Evangelios Sinópticos introdujeron el ministerio público de Jesús con esta breve frase: “*El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca;*



*convertíos y creed en la Buena Nueva*” (Mc 1,14-15; Mt 4,17; Lc 4,43). El lugar central del Reino de Dios en la vida y el ministerio de Jesús ha sido tan evidente que Karl Rahner pudo decir: “Jesús predicó el Reino y no a sí mismo”. En su enseñanza, Jesús aparece como el representante (cf. Lc 17,20-21), el revelador (cf. Mc 4,11-12; Mt 11,25-26), el vencedor (cf. Mc 3,27), el iniciador (cf. Mt 11,12), el instrumento (cf. Mt 12,28), el mediador (cf. Mc 2,18-19), y el instaurador del Reino de Dios (cf. Mt 11,5).

Sin embargo, Jesús nunca definió exactamente lo que se entiende por Reino de Dios; es un concepto que no encontramos en ninguna parte en el Antiguo Testamento <sup>13</sup>. Ciertamente está claro que contaba con el hecho de que su público estaba familiarizado con el símbolo, al menos en sus significados convencionales, como lo hace notar John Bright:

*“Jesús repetidamente mencionó el Reino de Dios, pero nunca se detuvo a dar una definición. Y tampoco ninguno de los que lo escuchaban lo interrumpió para preguntarle: “Maestro, ¿qué significado tienen estas palabras ‘Reino de Dios’ que tú usas frecuentemente?” Al contrario, Jesús utilizaba estos términos como si estuviera convencido de que era comprendido, y seguramente así era. El Reino de Dios formaba parte del vocabulario de todo hebreo. Era algo que comprendían y a lo cual aspiraban ardientemente”* <sup>14</sup>.

En tiempos de Jesús el Reino había llegado a ser como una clase de metáfora que abarcaba formas diversas de esperanzas y de expectativas, que iban de la liberación de Israel del yugo de la dominación romana (expectativas nacionalistas, políticas) a la destrucción de la era actual y la emergencia de un nuevo cielo y una nueva tierra (esperanza apocalíptica). Con su vida y su muerte, su predicación y sus gestos simbólicos (como sentarse a comer con los publicanos y los pecadores, exorcismos y curaciones, el perdón de los pecadores), dio una nueva forma a este símbolo familiar. Como subraya Sean Freyne, la vida y el ministerio de Jesús no sólo confirmaron la esperanza de Israel, sino también su reinterpretación. En primer lugar, Jesús habla del Reino de Dios como una esperanza para el presente, y no sólo para un futuro lejano; en segundo lugar, la purifica de “aspectos como la dominación, la majestad, el poder, la conquista y la destrucción de los enemigos, para reemplazarlos con valores como la paz, la justicia, la dulzura, la determinación”<sup>15</sup>.

Jesús habla del Reino no como de un sueño lejano, sino como una esperanza que se realiza en el momento mismo en el que Él habla y actúa. Según la expresión de John Fuellenbach: “Jesús declara que lo que Isaías prometió como futuro mesiánico de Dios está ahora en acción. La reconciliación y la liberación no son cantos lejanos de un futuro utópico y distante de la realidad actual. La promesa está penetrando ahora en el mundo, en cada

relación y circunstancia de nuestra vida”<sup>16</sup>. La manera en que Jesús instaaura el Reino de Dios contrasta con la persecución violenta, con los objetivos políticos específicos que tenían algunos grupos hebraicos contemporáneos; grupos que reivindicaban la esperanza de Israel para legitimar sus actividades. Con su estilo de vida Jesús muestra claramente otro camino. Abandona la seguridad de la casa, de la familia y de los bienes para llevar una vida insegura como predicador intinerante. El estilo de vida que adopta se presenta como una protesta contra el sistema de valores prevalentes en la Palestina de su tiempo; contra la gran codicia y la opulencia de Herodes y de su corte; contra la mentalidad de la aristocracia que vive del templo y pretende que los bienes materiales sean signo de bendición divina. La avaricia y la acumulación de riquezas son totalmente inadecuadas a la luz de un Dios que toma partido por las más pequeñas e insignificantes de sus criaturas.

### ***La revolución de Jesús***

Tal como se manifestaba a través de las palabras y de las obras de Jesús, el Reino de Dios era portador de la buena noticia para los pobres, la curación para los enfermos, la liberación para los esclavos y oprimidos. Jesús inicia su misión citando uno de los textos jubilares del profeta Isaías:

*“El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungió. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”* (Lc 4, 18-19).

La práctica de Jesús representaba una inversión absoluta de la escala de valores de la sociedad teocrática de Palestina. La aflicción de los pobres, entonces como hoy, era causada en gran medida por la represión, la discriminación y la explotación por parte de los ricos y poderosos, de los partidarios del *status quo*. En su ministerio, Jesús se volcó deliberadamente hacia aquéllos que habían sido marginados: los enfermos segregados en espacios culturales; los publicanos (cobradores de impuestos) excluidos por motivos políticos y religiosos; las prostitutas y los pecadores públicos, excluidos por motivos morales<sup>17</sup>. En su ímpetu de compasión por los marginados, Jesús encarnó concretamente el poder real de Dios como la buena noticia para ellos; el reino de Dios indicaba el fin de su miseria y el inicio del nuevo orden de relaciones sociales basadas en el principio de la inclusión. Nadie es excluido del amor de Dios que “hace salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos” (Mt 5, 45). Lo que no cesa de sorprendernos es el carácter inclusivo de la misión del Reino de Jesús. Ésta abarca, a la vez, a los pobres y a los ricos, a los oprimidos y a los opresores, a los pecadores y a los devotos<sup>18</sup>. Su misión consiste en suprimir la alienación, en abatir los muros de hostilidad y atravesar las fronteras. Es un llamado a pensar más allá de los

límites estrechos de la codicia y del miedo, a cruzar las fronteras nacionales, culturales y sociales y construir una auténtica comunidad humana a la luz de la dominación definitiva del universo, aquella de Dios.

El mensaje de Jesús sobre el Reino y su ministerio descartaban el camino de la violencia, sin embargo preveían un cambio radical del orden social y político existente; las palabras y las acciones de Jesús representaron “un reto constante a las actitudes, a las prácticas y a las estructuras que tendían a restringir o excluir arbitrariamente a los miembros potenciales de la comunidad israelita”<sup>19</sup>. Algunos teólogos han sostenido que Jesús no tuvo ningún programa social o político, que no pretendía hacer del mundo un lugar más habitable. El célebre erudito bíblico NT Wright, llega a una conclusión diversa. Hace notar que Jesús tuvo un claro programa político. En el judaísmo de su tiempo la religión y la política eran inseparables. Como sus contemporáneos podían esperarlo, su deseo era que la dominación real de Dios se ejerciera en el mundo de esa época. Con el “Padre Nuestro” enseñó a sus discípulos a orar en estos términos: “*Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*”.

Según Wright, las palabras, las obras y las oraciones de Jesús tenían enormes implicaciones sociales y políticas. Jesús no proclamaba un reino privado o personal del Espíritu de Dios en el alma de cada individuo. Daba inicio a un movimiento revolucionario que debería transformar radicalmente a Israel y al mundo. Quería establecer un Reino de justicia, de paz, de verdad y de amor en Israel y (a través de Israel) en todas las naciones de la tierra. Lo que rechazaba era la manera en que sus contemporáneos vislumbraban establecer el dominio de Dios. Rechazaba el recurso a una política de revolución violenta, de compromisos fáciles, de nacionalismos fanáticos; en cambio eligió el camino del sufrimiento redentor. Sus modos fueron: poner la otra mejilla, caminar dos millas y tomar la cruz. Venció el mal dejándolo desencadenarse contra él, soportando el mal por amor y perdonando a sus enemigos<sup>20</sup>. Aquí llegamos a la profunda paradoja que está en el corazón de la esperanza y de la misión cristianas. Tiene poco o nada que ver con el optimismo humano o con cualquier forma de pensamiento utópico. En definitiva, es una esperanza pascual, una esperanza contra toda esperanza, modelada en el seno de la violencia y de la muerte.

### ***De la esperanza en el Reino a la esperanza Pascual***

El mensaje de Jesús sobre el Reino no fue acogido universalmente. Encontró miedo, sospecha, hostilidad y rechazo por parte de las autoridades judías políticas y religiosas de su tiempo. Y este mensaje terminó por llevarlo al calvario en donde oró por aquéllos a quienes el miedo los indujo a destruirlo. Si se puede decir que la Cruz representa el supremo testimonio de

Jesús de la realeza de Dios, su resurrección de entre los muertos es el fundamento y la garantía de su victoria sobre el poder del mal, y el símbolo definitivo de la esperanza cristiana. Los discípulos encuentran a Jesús la mañana de Pascua y entreven un mundo nuevo en el cual las promesas del Reino se realizarán. El mundo que conocían estaba por desaparecer y una nueva creación estaba por nacer. Toda la relevancia y la urgencia de la misión de la Iglesia primitiva derivaba de esta esperanza pascual, que no es ahora simplemente la esperanza de Jesús sino la esperanza en Jesús, en su victoria sobre el pecado y la muerte. El heraldo del Reino viene a ser el anunciado, el mensajero viene a ser el mensaje.

La esperanza cristiana es, pues, la esperanza del Reino de Dios, pero esta esperanza no debe ser identificada con las esperanzas del siglo de un mundo mejor. Es una esperanza modelada en el meollo del misterio pascual, el misterio del paso de Jesús de la muerte a la vida nueva. Es de importancia vital no separar nunca la resurrección de Jesús de su muerte en la cruz. Ignorar o minimizar la pasión y la muerte de Jesús llevará inevitablemente a una comprensión superficial del acontecimiento central de nuestra salvación y a desfigurar la naturaleza de la esperanza cristiana. No podemos captar el significado real de la resurrección si no aceptamos que la muerte de Jesús en la cruz revela el rostro de Dios.

Jesús vivió y murió para mostrarnos al Padre y para dar inicio al reino de amor del Padre sobre la tierra. Es relativamente fácil ver el rostro de un Padre amoroso y compasivo en el ministerio público de Jesús, en sus palabras y en sus acciones. Es mucho más difícil ver el rostro del Padre en la muerte horrible de Jesús. Sin embargo, el Padre estaba presente en la muerte de Jesús. En su sufrimiento y muerte Jesús reveló al Padre de manera suprema. Fue el Padre presente en Él quien lo condujo hacia este fin, y es el rostro amoroso del Padre el que finalmente se reveló en esta dramática manifestación de la lógica del amor en un mundo de pecado. Sobre la cruz, Jesús representa la extrema vulnerabilidad de un Dios cuyo único poder es el amor y que entró en un mundo cuya fuerza es el odio. Así, sobre el Calvario, como Noel Dermot O Donoghue lo expresó muy bien: “Nos encontramos en el lugar de las lágrimas de Dios, no en el de su triunfo y de su rabia vengativa. El Padre amoroso no puede escapar de sus hijos ingratos y destructores; es prisionero de su amor, así como ellos son seguramente prisioneros de su propio odio”<sup>21</sup>.

En la cruz de Cristo nos encontramos de frente a un Dios que se hizo débil e indefenso (al menos en el sentido común en el que comprendemos estos términos) por la misma intensidad e inexorabilidad de su amor por nosotros. En palabras de Dorothee Sölle: “Dios se dejó expulsar del mundo y clavar en la cruz. Dios es débil e impotente en el mundo, y éste es

exactamente el modo, el único modo, para estar con nosotros y ayudarnos”<sup>22</sup>.

Pero ¿cómo puede sanarnos y redimirnos un Dios sufriente, un Dios débil? La respuesta a esta pregunta puede sacarse de la percepción intuitiva de un corazón que ama, más que de deducciones racionales de una mente lógica. Sin embargo, una mente en sintonía con un corazón que ama puede unir y apreciar la extraña lógica de la cruz. A este punto, les ofrezco algunas reflexiones que pueden servir para iluminar esta lógica. El Dios vulnerable revelado en la cruz de Cristo repara de manera audaz el pecado principal de los seres humanos que consiste esencialmente en perder el corazón. Como afirma Moltmann “nuestra escatología es la supervivencia de los más aptos”<sup>23</sup>. El mundo en que vivimos es un mundo competitivo que, además, premia la tenacidad y el esfuerzo para vencer. Para tener éxito en el mundo debemos someter el lado sensible y compasivo de nuestra naturaleza a los cánones inflexibles del progreso, del provecho y del éxito; endurecernos comparándonos con nuestros semejantes. Nuestros héroes son los ambiciosos, los acaparadores, que tienen amplias sonrisas y el corazón blindado, que superan todos los obstáculos en su implacable búsqueda de éxito. Hemos creado una sociedad que premia la crueldad sin piedad y la capacidad de ser el primero a toda costa. Tal sociedad considera a los mansos, a los débiles y a todos los que permanecen atrás, de un modo u otro, como fracasados.

En nuestra unión pecaminosa con el Dios del éxito, llegamos a ser rápidamente hombres y mujeres de acciones sin sentimientos, capaces –por la falta de corazón- de provocar una gran cantidad de sufrimiento inútil en la vida de los demás. De cualquier modo necesitamos que nos ayuden a darnos cuenta del sufrimiento que causamos a los demás (y ciertamente del daño que nos causamos a nosotros mismos) y que nos ayuden a sentir el arrepentimiento. Como lo subraya Moltmann, cuando nos sentimos confrontados y desafiados por la revelación de la cruz –punto culminante de la historia de amor de Dios por nosotros- podemos ver, al mismo tiempo, la espantosa insensibilidad de nuestra implacable búsqueda de éxito y el conmovedor patetismo del amor vulnerable de Dios por sus hijos perdidos. Parece que la dureza y la apatía de una humanidad pecadora encuentran su único antídoto en un amor que no esconde su vulnerabilidad, sino que más bien lleva su frágil llama hasta el amargo fin.

Mientras que la cruz revela la extraña lógica del amor divino que actúa en un mundo pecador, la resurrección revela la victoria de ese amor. El poder de transformarnos en hombres y mujeres compasivos, capaces de llegar a ser partícipes del drama del sufrimiento divino, proviene de la resurrección de Cristo. La resurrección muestra que los sufrimientos de nuestro Dios compasivo son, en realidad, el poder divino que se hace debilidad perfectamente inhumana.

La resurrección es el fundamento de la esperanza cristiana porque revela la victoria de un amor que de manera decisiva renuncia al éxito y se identifica hasta el fin con aquéllos que la sociedad relega como fracasados.

### ***Síntesis***

He delineado la génesis de la esperanza cristiana desde sus orígenes en la esperanza de Israel, a través de varias fases de desarrollo y de transformación, hasta su culmen en el misterio pascual de Cristo. Es una esperanza fundada en la experiencia de un Dios amoroso y compasivo que ha escogido permanecer involucrado en el drama de la historia humana y que es preeminentemente un Dios del futuro. Dios que viene a gobernar la tierra. Es una esperanza, no de un futuro distante y evasivo, sino de un futuro que irrumpe en el presente y que comporta una transformación radical del mundo que conocemos. Es la esperanza de “un nuevo cielo y una nueva tierra”, que nos llama a un compromiso activo en favor de los pobres y de los oprimidos a través de la creación de una sociedad más justa y amorosa sobre la tierra. Es una esperanza modelada no solamente por la vida y el ministerio de Jesús, sino especialmente por el misterio pascual y la lógica peculiar de la confrontación divina con el pecado y con el mal que se revela en ese misterio. No es sólo una apertura compatible con el sufrimiento, sino que se encuentra, en forma suprema, en el corazón del sufrimiento.

En fin, se trata de una esperanza total, porque se fundamenta, en definitiva, en la resurrección de Cristo, en la victoria decisiva sobre el pecado y sobre el mal, y por lo tanto, es segura e invencible.

## **Segunda parte**

### ***La Misión a la luz de la esperanza cristiana***

En la primera parte de esta reflexión, he abordado casi exclusivamente la génesis y la naturaleza de la esperanza cristiana. En esta segunda parte me concentraré principalmente en el tema de la misión, pero la misión interpretada en la perspectiva de la esperanza cristiana. Hasta hace poco tiempo, la misión, al menos en la Iglesia católica, tendía a ser eclesiocéntrica. Misión significaba la extensión de la Iglesia hasta las extremidades del mundo, a la luz de la esperanza cristiana de una nueva tierra y de un nuevo cielo. Sin embargo, no siempre ha sido así. La primera misión cristiana, especialmente la de san Pablo, estuvo, como veremos, inspirada y orientada en la esperanza cristiana.

### ***Propiciar signos visibles del nuevo mundo de Dios***

En la visión de Pablo, la misión y la esperanza del reino de Dios están

ligadas íntimamente. La Misión allana el camino y prepara la humanidad para la fase final del Reino de Dios, cuando no sólo la humanidad sino toda la creación será liberada y transformada, bajo el modelo de la resurrección de Cristo. Para Pablo, la misión consiste en anunciar la señoría de Cristo sobre toda realidad e invitar a la gente a responder a ella. Significa el anuncio de un nuevo estado de las cosas que Dios ha instaurado en Cristo, una situación que concierne a las naciones y a toda la creación y que culmina en la celebración de la gloria final de Dios. Pero el anuncio no es suficiente. El reino final y victorioso de Dios no justifica ninguna pasividad ética. La misión invita y sostiene una participación activa en el proyecto de Dios para liberar a la humanidad en el aquí y ahora. En la teología de la misión de Pablo, como subraya Bosch, los cristianos se ven desafiados a combatir “y oponerse a esas estructuras, aquí y ahora, propiciando signos visibles de la venida del nuevo mundo de Dios”<sup>24</sup>.

Considerar la misión a la luz del Reino de Dios requiere que la comprensión de la misión de la Iglesia sea más vasta de lo que ha sido tradicionalmente. Estar al servicio del Reino de Dios proporciona a los misioneros un cuadro teológico que lleva a un compromiso por la justicia, la paz, la reconciliación y la integridad de la creación. Más que elementos preliminares o secundarios, representan dimensiones esenciales e integrantes de la misión de la Iglesia. Según Carl Braaten, la misión considerada desde la perspectiva del Reino de Dios “significará algo más que salvar almas e implantar iglesias; significará algo más que una ayuda de emergencia y obras de caridad. La misión comprenderá también el papel de defensa, identificando las causas de la injusticia y de la violencia a nivel global... Si la fe es una dependencia radical de Dios, la misión es una interdependencia total entre las personas que supera, por una parte, toda idolatría, y por otra, todos los sistemas de dominación, opresión y explotación de muchos por parte de pocos”<sup>25</sup>. La misión en la perspectiva del Reino, combina a la vez, según palabras de Braaten, la pasión de los evangélicos por la unidad del mensaje cristiano con la amplia visión universal de los ecuménicos”<sup>26</sup>. Reconcilia evangelización y humanización, Evangelio y compromiso social, fe y acción política, culto religioso y trabajo laico<sup>27</sup>.

### ***Continuar la Misión de Cristo***

Según N. T. Wright, nuestra misión, hoy, consiste en construir, basados en los fundamentos establecidos por Jesús, y no simplemente en repetir lo que ha hecho. Lo que Dios ha hecho en Jesús, el Mesías, ha sido algo único, culminante y decisivo, y por lo tanto irreplicable. Wright usa una imagen fuerte para hablar de la relación entre nosotros y Jesús, dice: “somos como músicos llamados a tocar y cantar una partitura musical única y escrita sólo



una vez. No debemos escribirla de nuevo, sino que debemos tocarla”<sup>28</sup>. Estamos llamados no tanto a imitar a Cristo sino a vivir según su Espíritu y a reflejar su luz en el mundo, para que la voluntad de Dios sea hecha en la tierra como en el cielo.

Toda misión en nombre de Cristo, está orientada hacia la transformación integral de este mundo en que vivimos. Como lo hemos visto, en el mensaje y en el ministerio de Jesús no había ningún elemento de evasión o asunto privado. Él vivió, murió y resucitó para establecer el Reino de Dios en la tierra y nuestra tarea es continuar su obra. Las palabras de Jesús a Pilatos, en Jn 18, 36, frecuentemente traducidas mal “mi reino no es de este mundo”, a veces han sido utilizadas para sostener la tesis según la cual el reino de Dios no se interesa en este mundo actual. Sin embargo, Jesús no pronunció estas palabras. Lo que dijo fue: “mi reino no viene de este mundo. Esto significa que su reino no comenzó en este mundo. Inició en Dios, pero es para este mundo. Como discípulos de Jesús, nuestra tarea es anunciar con la palabra y con las obras que el Reino de Dios ha llegado y, con la fuerza del Espíritu, actuar con valor para modelar nuestro mundo en conformidad con este reino. Sin embargo, nuestro modo de actuar en el mundo, y por amor al mundo, debe ser a la manera de Jesús: el camino de la cruz.

### ***Obedecer a la lógica de la cruz***

Centrada en la *sequela Christi* y la encarnación de los valores cristianos, nuestra misión constituye un testimonio, deliberadamente escogido y vivido, de contradicción frente al *statu quo* injusto, y de oposición a aquéllos que buscan mantenerla porque sacan provecho de ello. Oponerse, también, a esas utopías inflexibles prontas a recurrir a no importa qué medio para derribar “cualquier poder” e instaurar el reino.

Como prolongación de la misión de Cristo, nuestra misión se alimenta de un amor que se encarna en acciones por la justicia; de aquí podrá nacer la civilización del amor. Escapará así, por un lado, de un moralismo inepto que reduciría el amor cristiano a un simple sentimentalismo, y por otra parte, a una preocupación fanática por reparar las faltas, que fácilmente puede degenerar en un pragmatismo sin amor, ciego a cualquier otro criterio que no sea el puro éxito político.

Nuestra misión orientada hacia el Reino de Dios y modelada por el misterio pascual, se preocupará por la conversión de las personas al pensamiento y al corazón de Cristo, pero no se limitará a esta actividad. Buscará también confrontar, desafiar y cambiar aquellas formas institucionalizadas de codicia y de egoísmo, a las cuales hoy, con frecuencia, nos referimos como a “estructuras de pecado”. Sin embargo, como misioneros pascuales, no seamos

ingenuos respecto a la inevitable ambigüedad de todos los compromisos ético-políticos. Nos damos cuenta de que en todos estos compromisos se mezclan las voces de las gracias liberadoras y de la afirmación pecaminosa de sí mismo, y que distinguir entre los planes liberadores de Dios para nosotros y nuestros propios intereses egoístas exige un profundo discernimiento espiritual. El terreno propio para tal discernimiento es la oración. La oración no debe ser un refugio o una huida del mundo real y de sus problemas. Si es una genuina escucha de Dios, conducirá a un compromiso en el mundo, profundo y duradero, un compromiso que transforma realmente el mundo, porque obedece a la lógica de la cruz, más que a la lógica de Marx o de Adam Smith.

### ***A la luz de nuestro destino final en Dios***

El reino de Dios, en definitiva, no es cualquier cosa que al final podemos establecer sobre la tierra. Como ha afirmado Karl Rahner, el Reino de Dios que los cristianos esperan es el futuro absoluto de Dios mismo. “Dios mismo... quiere ser el futuro absoluto de la humanidad, que trasciende infinitamente todo lo que los seres humanos hayan jamás proyectado o realizado por sí mismos”<sup>29</sup>. Esta orientación hacia Dios, nuestro futuro absoluto, nos llama a adoptar una posición crítica frente al estado actual de toda sociedad. “Esta actitud crítica”, afirma Rahner, “puede ser radical, paciente y valiente; esto no implica una glorificación conservadora de la situación presente, sostenida por una ideología, ni una impaciencia destructiva que busca medios violentos para forzar el nacimiento de un mundo nuevo, sacrificando al hombre de hoy”<sup>30</sup>.

Por lo tanto, la afirmación de Dios como nuestro futuro absoluto, lejos de comprometer el valor de nuestros compromisos socio-políticos dentro de la historia y de nuestros esfuerzos por transformar el mundo, ofrece una perspectiva que puede garantizar su significado duradero y su verdadero valor.

Esto se hace de tres modos: en primer lugar, ofreciendo un cuadro de significado bastante profundo para rendir justicia a la complejidad de la vida y para sostener los esfuerzos humanos dirigidos a transformar el mundo; en segundo lugar, funcionando como una prospectiva crítica que relativiza todas las realizaciones humanas de la justicia; en tercer lugar, suministrando un incentivo positivo para los seres humanos en sus esfuerzos orientados a transformar la vida humana en historia.

Dado que Dios es nuestro futuro absoluto y el horizonte último de la libertad humana, ninguna realización histórica, por muy grande que sea, no es insuperable o está exenta de críticas. Al mismo tiempo, justo porque

tenemos un futuro absoluto en Dios, todos nuestros esfuerzos por transformar la vida humana en la historia tienen un valor perenne. Esta visión de la relación entre el futuro absoluto (Dios) que los cristianos esperan y los esfuerzos humanos por transformar el mundo, me parece que encuentra eco en las siguientes declaraciones del Concilio Vaticano II, en la *Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual (GS)*:

*“No obstante, la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien aliviar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios.*

*Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y trasfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: “reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz”. El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección” (GS n. 39).*

Además, Dios está extendiendo este mundo transformado más allá de los confines de la Iglesia. Nuestra tarea consiste en entrar en sintonía con lo que Dios está haciendo. Debemos descubrir en dónde está ya presente el Reino, de un modo inicial y germinal. Debemos discernir y nutrir estas semillas del Reino utilizando nuestros recursos y energías. Mientras hacemos crecer estas semillas del Reino, la oración y la presencia contemplativas deberán equilibrar nuestra participación activa, social y política.

### ***A través del poder del amor sufriente***

John Fuellenbach nos recuerda que las palabras “éxito” y “optimismo” no forman parte de nuestro kit de testigos, signos e instrumentos del Reino de Dios: “Nuestra fe nos dice que lo que nos hace avanzar y nos da el valor necesario, e incluso la audacia de creer que el reino vencerá, es esperar contra toda esperanza”<sup>31</sup>. Jürgen Moltmann expresa esta convicción profunda de nuestra fe en estas palabras: “Donde las personas sufren por amor, Dios sufre en ellas y ellas sufren en Dios... Es ahí donde Dios sufre la muerte de Jesús y, con ello, demuestra el poder de su amor; estas personas encuentran también el poder de permanecer en el amor, no obstante el dolor y la muerte,

sin llegar a ser amargas o superficiales”<sup>32</sup>. El camino del amor sufriente está profundamente penetrado de esperanza. Esta esperanza se funda en la experiencia del poder de Dios llevado a su perfección en la extrema vulnerabilidad del amor compasivo. Libera a los hombres y mujeres de la apatía y de la desesperanza de vivir, un día, una vida nueva llena de sentido – una vida que es compasiva, gozosa y libre.

## Conclusión

No obstante todo lo que la Iglesia ha hecho y continúa haciendo especialmente a través de las congregaciones y de los institutos religiosos y misioneros, para promover la justicia social y ecológica en nuestro mundo actual, hoy en día la marea de sufrimiento humano continúa creciendo, provocando en nosotros un sentimiento de impotencia. En muchos países, los conflictos regionales recogen una cruel cosecha de muerte y destrucción. Centenas de miles de personas mueren en actos de violencia desenfrenada. Son millones los que no tienen casa o los evacuados. La desigualdad entre ricos y pobres continúa aumentando. Los derechos humanos fundamentales son suprimidos por el capricho de los dictadores. El calentamiento global y la destrucción de la naturaleza ponen en peligro la existencia humana sobre esta tierra y privan a las generaciones futuras de su justa herencia. Fuerzas oscuras y demoniacas parecen inclinarse a destruir los resultados de muchos años de esfuerzos locales y de trabajo misionero.

Además, una forma de cristianismo particularmente peligroso está, hoy, irrumpiendo en el mundo en vías de desarrollo. Este cristianismo predica un Dios que ha decretado el sufrimiento de los pobres; declara que este mundo no nos concierne, que la moral cristiana debe limitarse a cuestiones personales y privadas, y que la política no es un asunto de la Iglesia. En la práctica, esta forma de cristianismo sostiene el actual *status quo* injusto, y es financiado y promovido por intereses extranjeros y por élites locales que benefician el sistema actual.

En tal contexto podemos preguntarnos si todo lo que podemos hacer es capaz de cambiar algo. Nuestros recursos cristianos más profundos como la fe, la esperanza y el amor nos dan la respuesta. El Dios de Jesucristo es un Dios siempre fiel que está presente también en el centro de la destrucción y del fracaso humano. Dios nunca abandona a los seres humanos. En Cristo, Dios tomó sobre sí mismo los sufrimientos del mundo y abrazó tanto a las víctimas como a los verdugos. El Dios que está siempre con nosotros, continuando la transformación de la muerte en vida y el caos en una nueva creación, nos llama a ser sus colaboradores en la re-creación del mundo.

Como miembros de institutos religiosos y misioneros que se esfuerzan

por dar testimonio del Evangelio de Cristo que unifica y libera, debemos ampliar y profundizar nuestro compromiso por la justicia social y ecológica. Debemos ser artífices de esperanza para los pueblos que sufren y son marginados en nuestro mundo; una esperanza concreta y eficaz que combina la fe y la justicia, que desafía al injusto *status quo* y se identifica con los pobres y oprimidos de la sociedad; una esperanza que encuentra expresiones en programas concordantes a acciones por la creación de un futuro alternativo, y que lucha por los cambios estructurales necesarios que un futuro alternativo exige.

- 1 *Transforming Mission*, Orbis, N.Y., 1991, p. 498
- 2 Carl E. Braaten, *The Flaming Centre*, Fortress Press, Philadelphia, 1977, p. 43.
- 3 Cf. Carl Braaten, *The Flaming Centre*, p. 39.
- 4 *Transforming Mission*, p. 141.
- 5 *Theology of Hope*, SCM Press, London, 1967, p. 16.
- 6 *The Flaming Centre*, p. 39
- 7 Jürgen Moltmann, *The Experiment Hope*, SCM Press, London, 1975, p. 47.
- 8 *Ibid.* p. 46.
- 9 *Ibid.* p. 50.
- 10 *The Experiment Hope*, p. 50.
- 11 *Jesus of Nazareth*, Doubleday, New York, 2007, p.44
- 12 *The Challenge of Jesus*, SPCK, London, 2000, p. 90.
- 13 J.P. Meier subraya que “el Reino de Dios” no es un concepto, sino un símbolo. “No tiene una definición sino que cuenta una historia... una historia que se extiende desde la primera página de la Biblia, hasta la última”. Cf. *A Marginal Jew*, Vol. 2, Doubleday, New York, 1994, p. 241.
- 14 *The Kingdom of God: The Biblical Concept and its Meaning for the Church*, Abingdon Press, Nashville, 1953, 17-18.
- 15 Sean Freyne, “Jesus Christ: Witness and Embodiment of the Hopes of Israel” in *Christian Resources of Hope*, ed., Maureen Junker-Kenny, Columba Press, Dublin, 1995, p. 15.
- 16 *The Kingdom of God: The Central Message of Jesus*, Orbis, New York, 1995, pp. 81-82.
- 17 Cf. A. Nolan, *Jesus Before Christianity*, Orbis, New York, 1989, pp. 21-25.
- 18 D. Senior & C. Sthmueller, *The Biblical Foundations of Mission*, Orbis, New York, p. 148-149.
- 19 *Ibid.*, p. 147.
- 20 Cf. N. T. Wright, *Jesus and the Victory of God*, SPCK, London, 1996, pp. 564-565; cf. also, *The Challenge of Jesus*, SPCK, London, 2000, p. 61.
- 21 *Heaven in Ordinarie*, T & T Clark, Edinburgh, 1996, p.146.
- 22 *Christ the Representative*, SCM Press, London, 1970, p.150.
- 23 *The Experiment Hope*, p. 71.
- 24 Cf. Bosch, *Transforming Mission*, Orbis, NY, 1991, p. 175-176.
- 25 *The Flaming Centre*, p. 89
- 26 *The Flaming Centre*, p. 87
- 27 *The Flaming Centre*, p. 91.
- 28 *The Challenge of Jesus*, p. 140.
- 29 *Theological Investigations*, Darton, Longman & Todd, London, vol. 12, 1975, p. 239.
- 30 *Theological Investigations*, Darton, Longman & Todd, London, vol. 16, 1979, p. 242.
- 31 “Be Compassionate!” in *Religious Life Review*, November/December 2008, p. 360. 368.
- 32 *The Experiment Hope*, p. 80.

# “RELIGIOSAS EN RED CONTRA LA TRATA DE PERSONAS”

CONGRESO 2009 - DISCURSO DE APERTURA

S.E. Mons. Antonio María Vegliò

*Presidente del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes*

*Original en italiano*

Quiero ante todo expresar mi agradecimiento por esta oportunidad de dirigirme a ustedes al inicio de este congreso. Quisiera también agradecer a todos aquéllos y aquéllas que de un modo o de otro trabajan directamente para ayudar a las personas implicadas en el tráfico de seres humanos, una nueva forma de esclavitud.

Muchas de ustedes saben ya que el Consejo Pontificio de pastoral de Emigrantes e Itinerantes comparte las mismas preocupaciones de ustedes, conoce sus necesidades y hace todo lo posible por apoyar el trabajo de la Iglesia en sus esfuerzos por combatir este serio problema humanitario. Permítanme empezar recordando las palabras del Papa Benedicto XVI, en su mensaje de la 93ª Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado de 2007, dice así:

*“No son pocas las mujeres que terminan siendo víctimas del tráfico de seres humanos y de la prostitución. En las reunificaciones familiares los asistentes sociales, en particular las religiosas, pueden llevar a cabo un beneficioso servicio de mediación, digno de una creciente valorización”<sup>1</sup>*

Debemos poner en claro cuál es el significado de “no pocas”, según la expresión pontificia, cuando se refiere al tráfico de mujeres y niños, un fenómeno que actualmente se extiende a todos los continentes. De hecho las estadísticas recientes indican que serían más de 4 millones las víctimas, más de la mitad de ellas implicadas activamente, contra su voluntad, en la industria del sexo.

También en Italia se calcula que hay más de 10.000 víctimas de la trata de seres humanos, la mayoría provenientes de África. No cabe duda de que el tráfico de mujeres es un fenómeno criminal que viola los derechos humanos

fundamentales y destruye espiritual y materialmente las vidas humanas.

Estoy contento de que, en el curso de estos próximos días abordarán este tema y definirán el camino a seguir en la formación de Religiosas en este importante ámbito pastoral. Permítanme agregar mi propia opinión a lo ya dicho por el Santo Padre, señalando que la Iglesia desempeña un rol no solo importante sino profético en este campo.

De hecho la trata de personas permaneció durante demasiado tiempo escondida bajo las estructuras del poder y de control que encubren la vergüenza y la hipocresía de algunos componentes de la sociedad. Me explico: la trata de seres humanos se nutre principalmente del transporte de mujeres y niños con fines de carácter sexual y económico, egoísta y desleal, por medio de la manipulación, la fuerza y la violencia. No es nunca una “opción” real y casi siempre esta forma de vida termina en un trauma psicológico. La mayoría de los países afectados por la trata no reconocen que ésta alimenta la industria local del sexo y viceversa. Esta tendencia es reforzada por *“la extendida cultura hedonista y comercial que promueve el abuso sistemático de la sexualidad”*<sup>2</sup>.

Para muchas personas, estas cosas no son fáciles de aceptar y hablar, menos aún de encarar, sobre todo porque son la manifestación de una zona oscura de la condición humana. Sin embargo, debemos hablar de ello y actuar con firmeza y seguridad en la certeza de que, como cristianos, no podemos callar ante tal horripilante fenómeno.

En 2007 el Consejo Pontificio publicó las “orientaciones para la Pastoral de la Calle” en las cuales se trató de sintetizar las diferentes necesidades pastorales de quienes se encuentran involucrados directamente en los diversos aspectos de la vida de la calle y de su mundo. Allí se encuentran mujeres involucradas en la prostitución, muchas de ellas víctimas de la trata. Con el fin de responder a sus necesidades, en las “Orientaciones” se afirma que:

*“Se necesitan programas específicos de formación de agentes pastorales para desarrollar competencias y estrategias, a fin de combatir la prostitución y el tráfico de seres humanos. Dichos programas contienen acciones importantes ya que comprometen a sacerdotes, religiosos/ religiosas y laicos en la prevención de los fenómenos mencionados y en la reintegración social de las víctimas. La colaboración y la comunicación entre las Iglesias de los países de origen y de destino son esenciales”*<sup>3</sup>.

En forma concreta esto es lo que ustedes están intentando hacer hoy, y se los agradezco. En su invitación, ustedes me han pedido gentilmente que “proponga” brevemente a las participantes algunos elementos útiles referentes al tema que ustedes han elegido para el Congreso. Permítanme ofrecerles en



pocas palabras seis pistas de reflexión que espero les ayuden en el discernimiento de algunos aspectos formativos necesarios para ustedes.

**1. Conocimiento.** Para una respuesta pastoral eficaz es importante conocer los factores que animan o atraen especialmente a la prostitución, las estrategias utilizadas por los que reclutan, los traficantes, los intermediarios y los explotadores. Es necesaria una comprensión de la tipología y de las distintas formas de traslado de los países de origen a los de destino. Esto significa no sólo tener conocimiento de los hechos y de las circunstancias sino también de la cultura y del idioma.

**2. Compromiso.** Asumir este compromiso específico pastoral requiere tiempo, energías y dinero. No es poca cosa. Ustedes deben, también, ser plenamente conscientes de lo que sus Hermanas entienden por esto. Un tal compromiso les exigirá tiempo, absorberá sus energías, absorberá sus recursos, tanto humanos como físicos. Exigirá también dinero. Éste no es un compromiso ordinario, y no puede ser asumido de una manera tímida ya que tendrán que tratar con mujeres realmente heridas y destrozadas por dentro. Como ya saben quienes están involucrados en esto, el alojamiento, la reeducación y la reintegración no se concretizan fácil y rápidamente. Tendrán que enfrentarse, a través de sus Hermanas, no sólo a las mismas mujeres sino incluso a redes criminales poderosas y violentas. Deberán estar preparadas y atentas, y contar con el valor suficiente para ayudar.

**3. Desarrollo personal y espiritual.** Quienes están comprometidos en este apostolado necesitan una permanente atención personal y espiritual. Con esto no intento referirme solamente al tipo de formación sino también a la esfera de lo emocional y lo espiritual. Se trata de escuchar relatos dolorosos y compartir vidas destrozadas. Será necesario aprender a escuchar más allá de lo superficial, aprender a compartir una parte del propio corazón y de la propia fe, ya que caminarán junto a quienes están en la red de la reintegración. El Papa Benedicto afirma esto en “*Deus caritas est*”, cuando dice que: “*Si el contacto con Dios está totalmente ausente de mi vida, podré ver solamente al otro y no lograré descubrir en él la imagen divina*”<sup>4</sup>. La tarea de quienes trabajan en red las desafiará de muchas maneras a nutrirse cada vez más de la Palabra de Dios y de los Sacramentos a fin de desarrollar también las virtudes humanas y cristianas. No podrán alimentar a los demás si ustedes mismas no se alimentan constantemente.

**4. Colaboración y compartir informaciones.** Esto es absolutamente esencial. Ya muchas de sus Hermanas están haciendo un excelente trabajo en este sector. Es necesario que ustedes tengan conocimiento de ello y lo compartan más profundamente, a nivel nacional y global. Nos lo recuerdan las “Orientaciones” ya mencionadas:

*“Es necesaria una solidaridad renovada en las comunidades cristianas y entre las congregaciones religiosas, los movimientos eclesiales, las nuevas comunidades, las instituciones y asociaciones católicas, con el fin de dar una mayor atención y “visibilidad” al cuidado pastoral de las mujeres víctimas del abuso de la prostitución; un cuidado cuya base es el anuncio explícito de la Buena Noticia de la liberación integral en Jesucristo, es decir de la salvación cristiana”*<sup>5</sup>.

Esto no siempre resulta fácil, y exigirá tiempo y energías, además de dedicación. Cuanto más trabajen juntas entre ustedes, intercambiando información, buenas normas, etc. tanto más lograrán resultados eficaces. No solamente mientras están aquí reunidas en Roma sino también sobre el terreno donde existirán otros niveles de colaboración con las Iglesias locales en todo el mundo. La colaboración y el compartir información entre los países de origen y de destino constituirán un valioso instrumento para luchar contra los traficantes. Por lo tanto los Ordinarios de lugar y las Conferencias Episcopales deberán ser “movilizados”. En la medida de lo posible se podría también pensar en una colaboración ecuménica e interreligiosa. En fin, como ya se está ciertamente dando, es necesario relacionarse de manera competente con las autoridades locales, los gobiernos nacionales y las ONGs del sector.

**5. Formación.** Es necesario sobre todo continuar la búsqueda de estrategias para afrontar las causas profundas y los factores correspondientes que promueven la trata de mujeres. Algunos de ellos no son fáciles de detectar, como es el caso de los prejuicios sociales en relación a la mujer, la discriminación sexual en la educación, los altos niveles de pobreza y de desocupación en el lugar propio o en el país de proveniencia. Un sector que necesita ser desarrollado es el relacionado con programas apropiados en las escuelas que presenten la realidad de la trata y la defensa y promoción de la dignidad humana de las personas que sufren el abuso de la prostitución<sup>6</sup>. Hay que pensar, sobre todo, en la reeducación “a nivel de la demanda” que es necesario encarar en forma ágil y creativa a fin de poder cambiar los corazones y la mentalidad<sup>7</sup>. Puede haber, además, otras oportunidades para trabajar con los religiosos en este campo. La colaboración en las escuelas, las universidades y los gobiernos locales me parece esencial.

**6. Publicidad y patrocinio.** Unido a lo dicho anteriormente, está también la necesidad de programas y campañas para llegar a un mayor conocimiento del fenómeno. Será necesario, además, trabajar con los medios de comunicación para asegurar una correcta información sobre este problema. Cuanto más tiempo permanezca escondido el problema, mayor será su permanencia en el tiempo. Existen ya excelentes esquemas, literatura y materiales informativos sobre los compromisos ya asumidos, y sobre la realidad que afecta la vida de las personas que son objeto de la trata. La

publicidad y la colaboración ofrecen también la posibilidad del patrocinio (*advocacy*). Hoy, más que nunca, necesitamos personas con sentido práctico y bien preparadas para defender eficazmente esta causa de liberación y redención.

He tratado simplemente de “ofrecerles” algunos temas o cuestiones que podrían servirles de guía para el discernimiento con vistas a programas comunes de formación para quienes desean asumir, desde el Señor, el desafío de esta pastoral específica urgente. Deseo sobre todo recalcar, una vez más, que estoy convencido de que las Religiosas pueden tener el don del carisma profético para trazar el camino que no sólo conlleva a la sanación de la persona, sino también a la transformación de la situación. Porque, cito una vez más las “Orientaciones”,

*“Habiendo asumido a lo largo de los siglos el cuidado de las necesidades de las mujeres, las congregaciones religiosas, especialmente las femeninas, están siempre atentas a los signos de los tiempos, redescubriendo el valor y la relevancia de sus carismas particulares en los nuevos contextos sociales. Las religiosas en el mundo, mediante la fiel meditación de la Palabra de Dios y de la doctrina social de la Iglesia, buscan hoy nuevas formas de testimonio a favor de la dignidad humana”<sup>8</sup>.*

Les agradezco una vez más esta oportunidad de dirigirme a ustedes. Cuenten con el apoyo y la admiración del Consejo Pontificio por el trabajo que realizan, y les pido que nos tengan al tanto de su caminar y de las dificultades que se les presentan. Nosotros también necesitamos conocer y compartir lo que ustedes hacen a fin de poder dar nuestro aporte a esta gran obra.

Que Dios bendiga su trabajo y les conceda una abundante cosecha de bienes.

<sup>1</sup> Benedicto XVI, *Mensaje Pontificio para la 93ª Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado (2007)*. People on the Move, 102, december 2006, p. 46

<sup>2</sup> Juan Pablo II, *Carta a las mujeres, 29 de junio de 1995*, § 5, [http://www.vatican.va/holy\\_father/john\\_paul\\_II/](http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_II/)

<sup>3</sup> Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes *Orientaciones para la pastoral de la calle*, § 101, People on the Move, suppl. 104, agosto de 2007, p. 174.

<sup>4</sup> Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 2005 § 18, [http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/encyclicals/documents/hf\\_ben-xvi\\_enc\\_20051225\\_deus-caritas-est\\_en.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est_en.html)

<sup>5</sup> Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, *op.cit.* § 99, p. 173. Cfr. *ibid* § 97, p. 173.

<sup>6</sup> Cfr. *ibid.* § 97, p. 173.

<sup>7</sup> Cfr. *ibid.* § 94-96, p. 172-3.

<sup>8</sup> *Ibid.* § 100, pp. 173-4.

# A LA ESCUCHA DEL GRITO SILENCIOSO.

REFLEXIONES A PARTIR DE UNA HISTORIA  
BÍBLICA DE VIOLENCIA

Stella Morra

*Stella Morra, es teóloga, profesora de Teología y autora de numerosos ensayos y publicaciones. De 2001 a 2006 fue miembro del Consejo mundial de WUCWO/UMOFIC (Unión mundial de las Organizaciones Femeninas Católicas).*

*Original en italiano*

Esta conferencia fue dada en el “Congreso 2009: Religiosas en red contra la Trata”, el 15 de junio de 2009.

**Q**uisiera ofrecerles algunas reflexiones basadas en una historia bíblica de violencia; reflexiones que nos ayuden, por una parte, a recoger desde una mirada de fe las experiencias que vivimos y las personas con quienes nos encontramos, y por otra parte nos estimulen a escuchar, desde la fe, con un corazón cada vez más grande, el grito silencioso de las mujeres y de los niños violados y esclavizados.

Leamos pues esta historia del libro de Daniel, capítulo 13 (con algunos cortes).

[1] Vivía en Babilonia un hombre llamado Joaquín. [2] Se había casado con una mujer llamada Susana, hija de Jilquías, muy bella y temerosa de Dios; [3] sus padres eran justos y habían educado a su hija según la ley de Moisés. [4] Tenía un jardín junto a su casa y los judíos acudían donde él porque gozaba de gran estima entre todos. [5] Aquel año habían sido nombrados jueces dos ancianos escogidos entre el pueblo. En ellos se verificó lo que dijo el Señor: “La iniquidad ha salido de Babilonia, de los ancianos que hacían de jueces y que parecían guiar al pueblo” [6]. Estos dos ancianos venían a menudo a casa de Joaquín, y todos los que tenían algún pleito se dirigían a ellos.

[7] Cuando a mediodía ya todo el mundo se había retirado, Susana iba a pasear al jardín de su marido. [8] Los dos ancianos, que la veían ir a pasear todos los días, empezaron a desearla. [9] Perdieron la cabeza, apartando los ojos del cielo y olvidando sus justos juicios. [10] Los dos estaban apasionados

por ella, [...]

[15] Mientras esperaban la ocasión favorable, Susana entró en el jardín como era su costumbre, acompañada de dos sirvientas jóvenes, y como hacía calor, quiso bañarse en el jardín. [16] Allí no había nadie excepto los dos ancianos que espiaban escondidos. [...]

[19] En cuanto salieron las sirvientas, los dos ancianos se levantaron y fueron corriendo donde ella, [20] y le dijeron: “Las puertas del jardín están cerradas y nadie nos ve. Nosotros estamos llenos de pasión por ti; consiente y entrégate a nosotros. [21] Si no lo haces, juraremos que un joven estaba contigo y que por eso habías despedido a las sirvientas. [22] Susana exclamó gimiendo: “Me encuentro sitiada por todos lados. Si consiento, es como morir; si no consiento, no me libraré de las manos de ustedes. [23] Pero prefiero caer en manos de ustedes sin pecar, antes que pecar delante del Señor”. [24] Susana se puso a gritar muy fuertemente. Los ancianos gritaron también contra ella, [25] y uno de ellos corrió a abrir las puertas del jardín. [...]

[28] A la mañana siguiente, cuando el pueblo se reunió en casa de Joaquín, su marido, llegaron allá los dos ancianos, llenos de pensamientos perversos contra Susana. [...]

[34] Los dos ancianos, levantándose en medio del pueblo, pusieron las manos sobre la cabeza de Susana. [35] Ella, llorando, levantó los ojos al cielo, porque su corazón tenía puesta la confianza en el Señor. [36] Los ancianos dijeron: “Mientras nosotros paseábamos solos por el jardín, entró ésta con dos criadas. Cerró las puertas y despidió a las criadas. [37] Entonces se le acercó un joven que estaba escondido y pecó con ella. [38] Nosotros, que estábamos en un rincón del jardín, al ver esta maldad, fuimos corriendo hacia ellos, [39] y los pillamos juntos, pero a él no lo pudimos atrapar porque era más fuerte que nosotros, y abriendo la puerta del jardín escapó. [40] Entonces la apresamos a ella, [41] y le preguntamos quién era ese joven y no quiso decirlo. Somos testigos de todo eso. La multitud les creyó, ya que eran ancianos y jueces del pueblo, y la condenaron a muerte. [42] Entonces Susana exclamó en alta voz: “Dios eterno, que conoces los secretos, que todo lo sabes antes de que suceda, [43] tú sabes que éstos me han levantado un falso testimonio. Mira que voy a morir inocente de lo que su maldad ha planeado contra mí”. [44] El Señor escuchó su voz [45] y cuando la llevaban a la muerte, Dios despertó el santo espíritu de un jovencito llamado Daniel [46] que se puso a gritar: “Yo soy inocente de la muerte de esta mujer” [...]

[60] Entonces toda la Asamblea exclamó en voz alta bendiciendo a Dios que salva a los que esperan en él.

## 1 ¿Por qué este texto?

¿Por qué elegí este texto? Hubiera podido hacer una síntesis más teológica a partir de textos “positivos”, textos en los que se afirma la igualdad del hombre y de la mujer, textos en los que encontramos la expresión positiva de la voluntad de Dios de que nadie sea violado, textos que afirman la libertad y la dignidad que cada persona recibe por el hecho de ser criatura, creada a imagen de Dios. Podría también haber optado por tratar este tema de una forma más teórica, de modo completo y exhaustivo, examinando los muchos aspectos que nos presenta.

Sin embargo he querido elegir un texto con características definidas: la primera característica es la de ser un relato, una narrativa, una experiencia personal, donde figura un nombre concreto, una historia; de hecho, el primer llamado que nos hace nuestra fe es a recordar siempre que no existe una “teoría general” del dolor; que cada dolor o violencia es una historia dramáticamente personal, que detrás de un “problema” hay siempre personas, historias, madres, hermanos, amigos, días y vidas. En particular, la violencia hacia los débiles, hacia las mujeres y los niños es siempre un asunto que incide en la carne de quien la padece y de aquéllos que aman a esas personas, de quienes la llevan a cabo y de quienes tácitamente, no hacen nada por interrumpirla.

La segunda característica es que éste es un texto violento, negativo: es verdad que, al final, Dios hace justicia, pero mientras tanto, Susana está desesperada y se siente acorralada, sin una salida. Tenemos que aprender de nuevo que las Escrituras no son un libro bonito en el que figuran buenos sentimientos, sino un texto que nos recuerda que no hay que cerrar los ojos a la dureza. Muy a menudo, cuando tratamos de tener una mirada inocente terminamos con una mirada ignorante, una mirada que niega la realidad y no quiere ver.

Pero hay aún otra pregunta que debo hacerles antes de recorrer juntas las líneas de este relato: ¿por qué razón figura este texto en las Escrituras? Y además de esta historia (que en el fondo tiene un final feliz), ¿porqué hay en las Escrituras textos en los que directamente parece justificarse la violencia, donde a las mujeres se las trata sin respeto y no se les reconoce su dignidad? ¿Por qué se incluyen en la Escrituras estos textos tan duros que, como es sabido, escandalizan a los hombres y mujeres de nuestro tiempo quienes, precisamente por defender la dignidad, no toleran que la fe justifique dicha violencia?

Estos textos están ahí porque en las Escrituras hay espacio para todo lo que forma parte de nuestra vida; porque, como decía anteriormente, las

Escrituras no cierran los ojos y Dios sabe de qué material estamos hechos. Un día, leyendo la Biblia con un grupo de mujeres que vivían en un refugio por huir de la violencia, frente a un texto que yo verdaderamente no sabía cómo justificar, una de ellas dijo: “entonces, en esta Biblia hay también lugar para mí y para mi historia, no sólo para las mujeres afortunadas”. He aquí por qué estas historias se encuentran en las Escrituras.

## 2. ¿Todo redunda en el mal?

Comencemos pues a tratar de recoger en el texto algunos puntos importantes, entre tantos que podríamos encontrar allí. “Aquel año habían sido nombrados como jueces dos ancianos del pueblo....El punto de partida parece ser que todo conduce al mal: los ancianos y los jueces, que aparentemente son los guías del pueblo, son los primeros corruptos y una fuente de violencia. Las mujeres, los niños, carecen de poder y parecen ser incapaces de romper la espiral de violencia a causa del desequilibrio de fuerzas existentes en el campo. A veces, sencillamente no pueden hacer nada porque la violencia desencadenada es demasiado fuerte y la ordenación de los acontecimientos está totalmente en manos de los hombres: en Sicheim, en el ‘crimen’ de Dina, el engaño y la guerra controlan la escena (Génesis 34); en Eben-ezer, donde otra mujer muere en el parto (1 Sam 4, 20), Israel está en guerra contra los Filisteos y el Arca ha caído en manos del enemigo. No hay espacio para la mediación de las mujeres y para su sabiduría en situaciones de guerra abierta; la violencia, no sólo la que sufren las mujeres y los niños, es la violencia de todo un sistema que rodea estos hechos. Hoy diríamos que: desde una lógica y desde los intereses económicos que están fuera de nuestro alcance, desde las organizaciones poderosas y sin escrúpulos, caemos bajo un poder que amenaza con desanimarnos y convertirnos en lo que Juan XXIII llamaba “profetas de desventura”, gente que no ve otra cosa que el mal a su alrededor.

A veces, incluso ciertos ambientes eclesiales nos parecen tímidos y temerosos en la lucha contra la violencia y la injusticia, limitándose a pronunciar palabras (sólo aparentemente) sabias, pero incapaces de ensuciarse las manos.

Ésta es la sensación que viven cada día muchas mujeres y niños violados: que todo redunda para mantenerlos prisioneros, que no existe para ellos la posibilidad de una salida, que las personas de bien, que gozan de una buena situación social, sólo aparentemente, (¡qué importante es esta palabra!) los que serían los guías y punto de referencia, en el mejor de los casos no se interesan por su suerte y, en el peor de los casos, son incluso cómplices.

Los psicólogos nos dicen que a menudo este sentimiento produce en quienes sufren la violación casi un sentido de culpabilidad, casi como una



convicción de que no deben rebelarse, de que no existe, ni existirá nunca para ellos otra vida distinta de ésta. Y aquí está la otra parte del drama: la vida que se va apagando por dentro, la incapacidad para desear siquiera que algo pueda cambiar.

### 3. ¿A los hombres les falla la razón?

Ahora sigamos: “Los dos ancianos...” ¿Fue así de verdad? ¿Los hombres pierden la razón, apartan los ojos y quieren olvidar los justos juicios? Es cierto que existe aún una estructura patriarcal en la sociedad que tiende a ver a la mujer como un objeto que se puede comprar y vender, una estructura que no reconoce su dignidad como persona con pleno derecho; es verdad que a nivel de la cultura y de la educación hay todavía mucho camino por recorrer hasta que aprendamos a vivir como verdaderos seres humanos, capaces de ver en el otro y en la otra un interlocutor digno de respeto y de atención. Por cierto, esta mentalidad no daña sólo a las mujeres, ya que hace también que los hombres sean incapaces de controlarse a sí mismos, que sean como niños grandes viciados e inmaduros, presa de sus propias pasiones. De aquí surge una imagen de humanidad disminuida de la mujer y del hombre, una absurda complicidad para apartar la vista del cielo. Todos, hombres y mujeres, nos podemos beneficiar de una sociedad de iguales en dignidad y distintos en la riqueza de nuestra humanidad, todos nos beneficiamos si alzamos la vista al cielo y recordamos los justos juicios.

### 4. El poder del chantaje

Y ahora sigamos con la historia: “Estoy atrapada por todas partes...”, dice Susana. Es el poder del chantaje, de la no posibilidad de elección, material o física, aprovechando la situación de ignorancia o de pobreza. Lo que notamos de inmediato es que esto pone a Susana en una situación difícil, y que ella está sola. Ha despedido a las sirvientas; de aquí se desprende también la debilidad de la falta de relación, y sobre todo de la falta de un diálogo femenino que contenga y aleje la violencia. En los episodios en que la violencia es contenida y a veces incluso neutralizada, es esencial la presencia de la “otra”, que es a menudo una “pequeña mujer”: la niña de la mujer de Naamán (2 Re 5, 2), las “adolescentes” de Ester (Est 2, 9; 4, 4; 4, 16).

El punto de partida del cual se puede comenzar a romper la espiral de la violencia es esencialmente éste: la “otra” al lado, un diálogo y una palabra compartida. Basta recordar el episodio de los discípulos de Emaús para ver cómo la palabra compartida crea un espacio para que se corte la espiral de la falta de fe. Pero más allá de esto, la palabra compartida entre las mujeres crea

una situación de solidaridad y de fuerza, una verdadera red de contención de la violencia. Ustedes, mujeres y Religiosas, presentes en los lugares más olvidados del mundo y en las grandes ciudades, ustedes que son verdaderas centinelas sobre el territorio, comprometidas con la vida y con los días de los hombres y las mujeres, ¡ustedes son como una fuerza de palabra compartida!

Por esta razón debemos luchar contra la falta de conciencia o de “conocimiento” en nosotras mismas – si las mujeres “no saben” y no se “preocupan” no serán capaces de actuar. Raquel no conoce la condena a muerte que pesa sobre el ignorante “culpable”, cuando Labán le acusa de haberle robado aquellos dioses que ella misma había sustraído a escondidas del padre y del marido (Gen 31, 32-34). Raquel y Lea, preocupadas sólo por dar hijos a Jacob, no son figuras femeninas como punto de referencia para la pequeña Dina, que apenas adolescente “sale” a ver a “las mujeres de aquél país” y se convierte en víctima de una violencia que desencadena otra violencia (Gen 34, 1). Debemos abrir los ojos, tratar de saber, de intercambiar palabras y no dejar solas a las mujeres amenazadas de violencia.

## 5. Dios está de parte de los pobres

Y aquí nos encontramos con la oración de Susana que ha sido injustamente juzgada. “Dios eterno, que conoces los secretos, que conoces las cosas antes de que sucedan, tú sabes que éstos me han levantado un falso testimonio. Muero inocente de todo cuanto ellos han tramado injustamente contra mí”. Y el Señor escuchó su voz. Nosotros sabemos y creemos que Dios conoce la verdad, que es y será un juez justo; como Susana podemos dirigirnos a Él, aún en nombre de quienes han perdido la voz y la fe, de quienes son violadas y esclavizadas de tal manera, que ya no tienen la fuerza necesaria para gritar su inocencia. Podemos además hacer oración por quienes no tienen otra oración que el dolor de la propia vida, las propias heridas y la propia sangre.

Dios conoce y sabe: no debemos olvidarlo nunca, debemos aprender de nuevo a rezar los salmos de súplica y a rezar nuestra propia indignación, ya que Dios está de parte del pobre, porque Dios no es distante ni frío: a Dios se le mueven las entrañas de ira cuando el débil y el pobre son violados.

Pero nos dice, además, el texto: “El Señor escuchó su oración”. El Señor tiene una forma extraña de acoger las oraciones: cuando los justos del Antiguo Testamento piden la muerte (como Elías en 1 Re 19,4 o Sara en Tb 3,11s.). El Señor escucha y acoge su oración, no les permite morir, y más bien “inventa” para ellos una insólita forma de vida, una nueva historia en la que no habían pensado. El Señor escucha la voz de Susana y a través de Daniel ella encontrará una justicia nueva, una justicia que romperá el poder del chantaje, romperá la cadena de la esclavitud del mal. Y nosotras, ¿podemos

escuchar el grito silencioso de las mujeres y de los niños, el grito que surge de sus vidas? ¿Podemos descubrir el deseo de vivir que proviene de los comportamientos autodestructivos? ¿Podemos responder a los llamados, como hace nuestro Dios?

## 6. El punto decisivo: tomar la palabra

Y llegamos al último paso donde alguien entra en escena, como dice el texto, Daniel se puso a gritar: “yo soy inocente de la muerte de ésta”. Daniel es un jovencito... (lo que para las Escrituras significa poco sabio, que no constituye una referencia para los demás ya que las mujeres y los niños no cuentan), es dócil al Espíritu del Señor que lo llama, conoce y quiere ver la verdad, no niega la realidad ni tiene miedo, ni está sujeto a un poder constituido violento e injusto que parece estar muy por encima de él. Toma la palabra. Ésta es la acción que señala el cambio, que destruye la lógica de la violencia. Tomar la palabra a favor de los que no la tienen; él no acusa sino que separa, divide, distingue la responsabilidad de lo que, a fuerza de parecer “normal”, queda cubierto por el silencio.

Toma la palabra y desenmascara la complicidad, la ignorancia y la confabulación. Luego, por cierto, la acción sigue a la palabra: asume la responsabilidad de un juicio; en una parte del texto que no hemos leído, entre los versículos 47 y 49 se sirve de su inteligencia, incluso de la astucia, para demostrar la mentira de los viejos. Sobre esto ustedes reflexionarán y discutirán durante el Congreso: ¿qué inteligencia usar en las redes, qué acciones y sobre cuáles hechos actuar? Esto es lo que a nosotros nos compete, a nosotros, hombres y mujeres: éste es nuestro trabajo, tarea de corazón, de cerebro, de voluntad, de proyectos, de evaluación, debemos utilizar también la astucia para combatir el mal y defender la vida y la dignidad.

Pero todo surge a partir de la palabra, del rechazo al silencio y de la complicidad implícita de quienes piensan que no es asunto nuestro, que son problemas demasiado grandes y difíciles de afrontar, que en el fondo basta con ser personas de bien y prudentes (como Susana) para no caer en ciertas situaciones. Nuestro Maestro, Jesús el Cristo, que es Palabra del Padre para el mundo, y que es palabra de bendición y de juicio, nos dé la fuerza necesaria para no callar nunca.

## 7. Para que todos podamos bendecir a Dios

Yo quisiera ahora terminar con el versículo con el que concluye este relato: “Entonces toda la asamblea exclamó en voz alta bendiciendo a Dios que salva a los que esperan en él.” ¿Cuánto camino tenemos aún por hacer

hasta que esta palabra se haga realidad y todos podamos alabar a Dios y reconocer que salva a los que esperan en Él, con su mano poderosa y a través del compromiso de los cristianos? El camino a seguir puede ser largo, y difícil tal vez, pero sabemos que juntas, tomando la palabra y entregándosela a quienes les ha sido negada, escuchando el grito silencioso y tomándolo en serio, entregando juntas nuestra vida a los más pobres, seremos capaces de recorrer este camino como hermanos y hermanas.

Quisiera terminar con un breve texto escrito por una hermana evangélica, que creo expresa bien el realismo necesario y la esperanza en el Señor que habita en nosotros y esperamos que siga así:

*“Siempre leo los salmos. Me digo: son poesías, son oraciones, palabra encarnada en una lejana esperanza; si quieres entender el texto, ¡estudia, contextualiza! Y sin embargo... Hoy que me piden que hable de la violencia, de la violencia masculina contra las mujeres, podría buscar uno de tantos salmos que claman a Dios en el dolor y desesperación; sin embargo mi mente me propone insistentemente un versículo distinto: “Dios mío, mi rey... cada día te bendeciré y alabaré tu nombre por siempre”. Lo busco en la Biblia: es el comienzo del salmo 145.*

*Cada día. Cada día alabaré al Señor, aun cuando sepa que hay mujeres golpeadas, hijas vendidas, niñas abusadas, prostitutas adolescentes, ancianas violadas, criaturas que mueren a causa de las bombas y del hambre, esqueletos vivientes...*

*¿Qué alabanzas, Señor?*

*La condición humana está tan marcada por la injusticia, los robos, algo que parece inevitable, allí donde es posible encerrarse cada uno en su propio nido, familia, comunidad, o – al contrario – hacer juicios, sumergirse en las propias frustraciones, fomentando el odio, buscando la venganza, encontrando el chivo expiatorio de turno. Desgraciadamente la historia se repite.*

*¿Qué alabanzas, Señor? Tenemos la impresión de pronunciar sólo palabras ritualistas, verdaderas pero ritualistas.*

*“Alabanza a Tí, Señor”, dice el salmista. Tal vez llevamos en nuestros labios el antiguo versículo falto de alabanza porque sabemos que cada día de abatimiento y de resistencia alabaremos tu nombre, Señor, y volveremos a ponernos en camino con la cabeza bien alta”*

(Franca Long).

# ELÍAS EL PROFETA – EL ESPÍRITU PROFÉTICO

P. María Eugenio del N. J., OCD

*Henri Grialou (1894-1967) entró en la Orden del Carmen en 1922 y tomó el nombre del P. María Eugenio del N. J., ocd. Fue un hombre de oración y de acción. Impregnado de la gracia profética y marial del Carmelo sirvió apasionadamente a la Iglesia y a su Orden, asumiendo altos cargos. El deseo constante de este apóstol infatigable fue abrir a todos los hombres y mujeres de cualquier condición, cultura o país, los caminos de la intimidad con el Dios vivo y dar a la Iglesia apóstoles contemplativos. En 1949, publicó Je veux voir Dieu, (Quiero ver a Dios), compendio de teología espiritual de inspiración carmelitana, traducido actualmente a seis lenguas. El P. María Eugenio es también el fundador del Instituto Secular Notre Dame de Vie (1932).*

*Original en francés*

Extractos de los escritos del P. María Eugenio del N. J., OCD

## Elías, el Profeta

**L**e llamaban Elías el tesbita. Vivía entre los hijos de Galaad. Un día, repentinamente se levanta como el fuego y se presenta delante de Ajab, el rey impío de Israel, y le dice:

*«Vive Yahvéh a quien sirvo. No habrá estos años ni rocío ni lluvia más que cuando mi boca lo diga»<sup>1</sup>.*

El profeta huye y se esconde, primero frente al Jordán al borde de Kerit, en donde bebía del agua del torrente y los cuervos lo nutrían; después en Sarepta en casa de la viuda cuya harina y aceite se multiplicaron milagrosamente durante el tiempo que duró el hambre.

Al cabo de tres años se presenta de nuevo ante Ajab. Va a lograr que cese la sequía pero después de haber defendido el honor de su Dios. El rey deberá reunir en el monte Carmelo al pueblo y a los sacerdotes de Baal. (...) El rey obedece a lo que el profeta pide. Erigen dos altares e inmolan dos víctimas: una a Baal, la otra al Dios de Elías. La del verdadero Dios será consumida por el fuego del cielo.

Los sacerdotes de Baal rezaron y gritaron en vano. Elías se pone en oración y el fuego desciende del cielo y consume el sacrificio, el altar y el agua desparramada a su alrededor. Al Dios de Elías lo proclaman el verdadero Dios. (...)

Mientras que el profeta entra de nuevo en oración, una pequeña nube sube del mar, crece y aporta la fecundidad a la tierra de Israel.

Posteriormente, ante las amenazas de Jezabel, el profeta huye y se adentra en el desierto. Un ángel le lleva un pan y así reconfortado llega al Horeb en donde Dios se le revela en el susurro de una brisa suave y le da la misión de consagrar a Jazael como rey de Aram (Syria) y a Jehú como rey de Israel, y de unguir a Eliseo para sucederlo como profeta.

Por tercera vez comparece ante Ajab para reprocharle la muerte de Nabot (...). Después ejerce su ministerio profético bajo el reinado del sucesor de Ajab, Ocozías, al cual anuncia la muerte a causa de su impiedad. El rey envía tropas de cincuenta hombres para aprehender al profeta. Sobre las dos primeras tropas, Elías hace descender fuego del cielo; la tercera obtiene gracia a través de las súplicas. Es el último gesto del gran profeta. Un carro de fuego lo separa de su discípulo Eliseo, quien se pega obstinadamente a sus pasos, y lo lleva al cielo.

Tal es el ministerio profético de Elías, el defensor de los derechos de Dios.

Al pueblo hebreo, ignorante y debilitado por la esclavitud en Egipto, Dios envió el poder lleno de mansedumbre de Moisés; a la impiedad orgullosa de Ajab y de su pueblo, envió la fuerza de Elías.

No se sabía donde estaba Elías, pero un día aparece repentinamente ardiente y terrible, vestido de pieles de animales y con una cintura de cuero, teniendo a su disposición, según parece, todos los elementos de la naturaleza y particularmente la fuerza destructora del fuego. Al pueblo y al rey reprocha sus pecados y resarce el honor de Dios.

*«El profeta Elías se elevó como un fuego, su palabra quemaba como una antorcha»<sup>2</sup>. (...)*

Este lado exterior de la misión de Elías ha perdido para nosotros su importancia; preferimos ir al alma del Profeta (...). Su espíritu es un espíritu de oración y de celo. Examinemos primero las cualidades de este celo para ir enseguida a la fuente que lo alimenta.

En dos momentos, en el Horeb, el Señor pregunta al profeta:

*«¿Qué haces aquí Elías?»*

Y él responde :

*«Ando en celo por Yahvéh, Dios Sebaot, porque los hijos de Israel te han abandonado, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo sólo yo y buscan mi vida para quitármela».*

Este grito doloroso nos permite adivinar el fuego que consumía el alma del profeta. (...)

Su celo se despliega en las obras, pero siempre bajo la moción y el control del Espíritu del Señor. En efecto, un profeta en Israel es esencialmente un instrumento de Dios. (...)

Como profeta, Elías sólo depende de Dios, y su dependencia es absoluta. Sólo actúa bajo sus órdenes. El celo lo devora y él se deja consumir, esperando que Dios hable y ponga un fin a su actividad. Podríamos decir que su posición normal es una posición de espera. (...)

La obra que le pide directamente Dios es la que lo hace conservar toda su fuerza. Utilizarla para una obra personal sería excelente en sí misma, pero sería alejarlo, en parte, de su misión. (...)

Él no es más que un instrumento de Dios, pero no lo es sin méritos. Esta sumisión constante supone una abnegación completa, el sacrificio de todos los bienes temporales y espirituales. Para que Dios pueda pedir algo y ser obedecido plenamente, el instrumento debe olvidarse de sí mismo.

Las misiones que recibe el profeta conllevan peligros. El profeta arriesga su vida presentándose delante de Ajab, primero para anunciarle la sequía y después de tres años de hambre, para pedirle que convoque al pueblo y a los falsos sacerdotes sobre el Carmelo.

Dando una orden, fijando una meta, el Señor no suprime las dificultades de la ejecución, y sabiamente deja proyectar sobre sus designios la obscuridad del misterio. El profeta, más que ningún otro, vive de la fe y esta fe oscura llena su alma de terrores sensibles, de angustias intelectuales, dolorosas. La voluntad de Dios es su luz y con frecuencia su único apoyo.

Este apostolado encuentra su fuerza y su principio en la unión con Dios.

Unirse a Dios permanece la principal preocupación del instrumento divino. (...)

(Sobre el Carmelo) la oración del profeta es insistente. La tierra de Israel está seca desde hace tres años. El alma del Profeta tiene también sed del rocío benéfico del Justo que va a venir: *«Sitiavit anima mea ad Deum fortem vivum»* ; es como una tierra sin agua delante de su Dios. Vive de la fe en unas promesas; no verá la realización, pero ¿podrá penetrar en su misterio?



El servidor señala ahora una pequeña nube que sube del mar, parecida a la huella de un hombre; la tierra de Israel ve asegurada su fecundidad.

La mirada penetrante del Profeta no se detiene en las cosas visibles. En la Antigua Ley todo no es más que sombra y figura de las realidades que están por venir. Sobrepasa el símbolo y va a perderse en la realidad que representa. Una nube se alzaré y traerá al Justo esperado. (...)

(Tomado de ‘Saint Élie, Patriarche du Carmel’, en la revista *Carmel* (15.07.1927). © L’Olivier F-84210 Venasque)

## El espíritu profético

El profeta es un hombre elegido por Dios para defender sus derechos sobre Israel contra el autoritarismo y la impiedad de los reyes y contra la infidelidad del pueblo.

Esta elección confiere al profeta una misión permanente y un poder extraordinario (...).

Isaías nos cuenta cómo fue llamado a la misión profética y cómo un serafín le purificó los labios con un carbón encendido. (...) La Escritura nos muestra a Elías, el tesbita, surgiendo de pronto “como una llama” y comenzando su misión profética.

Esta vocación es una verdadera acción de Dios, que separa al profeta de su ambiente, de su familia, y le atrae al desierto. El profeta, convertido en el sentido pleno de la palabra en “hombre de Dios”, vive en adelante al margen de la sociedad, aislado por su gracia y su pertenencia a Dios. No tiene morada fija; va donde el Espíritu le impulsa, permanece donde el Espíritu le señala, errante con frecuencia a lo largo de Palestina y viviendo generalmente en la soledad.

¿Qué hace? Está a las órdenes de Dios, a la escucha de su Palabra y, por eso, se mantiene constantemente en su presencia: *Vivit Dominus in cuius conspectu sto!* (Vive el Señor en cuya presencia estoy), exclama Elías, el mayor de los profetas de acción. Esta respuesta de fe y abandono tan completo a la acción de Dios crea una actitud eminentemente contemplativa. En la soledad se establecen maravillosos intercambios entre Dios y el alma del profeta. (...) Su mirada y su fe se purifican. (...) (En el Horeb) Dios le presenta manifestaciones sobrenaturales exteriores. No desea más que a Dios mismo, y no se sentirá satisfecho más que cuando le haya percibido en el sople de la brisa ligera. (...)

El profeta es un gran vidente de las cosas eternas y un familiar de Dios.

Pero no es sólo para encontrar en él un amigo fiel para lo que Dios ha

constituido al profeta, es para tener en sus manos un instrumento dócil de sus designios. Una orden de Dios... y el profeta parte al punto para cumplir su arriesgada misión, llevar un mensaje de castigo al rey, reunir al pueblo en el Carmelo, inmolar a los sacerdotes de Baal o cubrir con el manto profético a Eliseo.

Estas misiones son penosas: el profeta siente la fatiga, ve los peligros, experimenta a veces su debilidad; pero ¡qué solicitud la de Dios para todas las necesidades de su enviado! Los cuervos le llevan la comida al torrente Carit; la harina y el aceite de su anfitriona, la viuda de Sarepta, se multiplican milagrosamente durante todo el tiempo que dura el hambre; un ángel le llevará en dos ocasiones el pan que le sostendrá durante los cuarenta días de marcha a través del desierto. (...)

Equilibrio y síntesis son realizados en la vida del profeta por Dios, que le ha conquistado y que le mueve. El profeta está constantemente entregado a su acción interior o exterior. Se confía a Él y ésta es toda su ocupación. Dios tiene que disponer de él para mantenerlo en la soledad o para enviarlo de una a otra parte. Su abandono le permitirá entrar sucesivamente en las intimidades más secretas con su Dios, le empujará a las empresas más secretas con su Dios, le empujará a las empresas exteriores más audaces pero, cumplida su misión, le hará volver constantemente a Dios que habita en el desierto: *Vivit Dominu sin cuius conspectu sto!* La armonía entre la contemplación y la acción es realizada por la misma Sabiduría divina gracias a su acción en el profeta y gracias a la fidelidad de éste.

Extractos de *Quiero ver a Dios*, Padre María Eugenio del N. J., ocd, en la IIIª parte del Capítulo VI, p. 451-454; Editorial de Espiritualidad, Madrid, 2002

<sup>1</sup> La narración de la misión de Elías se encuentra en los libros de los Reyes: 1R capítulos 17 a 21; 2R capítulos 1 y 2.

<sup>2</sup> Si 48, 1